



Los filósofos y los poetas han hecho valiosas aportaciones al campo de la pedagogía, tal es el caso de Antonio Machado que sin pretender elaborar una teoría, nos dejó una de las reflexiones más sencillas, risueñas y originales que se han hecho sobre educación.

En este volumen no encontramos soluciones ni técnicas; pero lo que tal vez sí hallaremos son ideas vivas, diálogos que nos estimulan para profundizar en nuestra propia filosofía educativa, y preguntas que sean ayuda para seguir buscando la verdad, a sabiendas de que nunca la tendremos en nuestras manos.

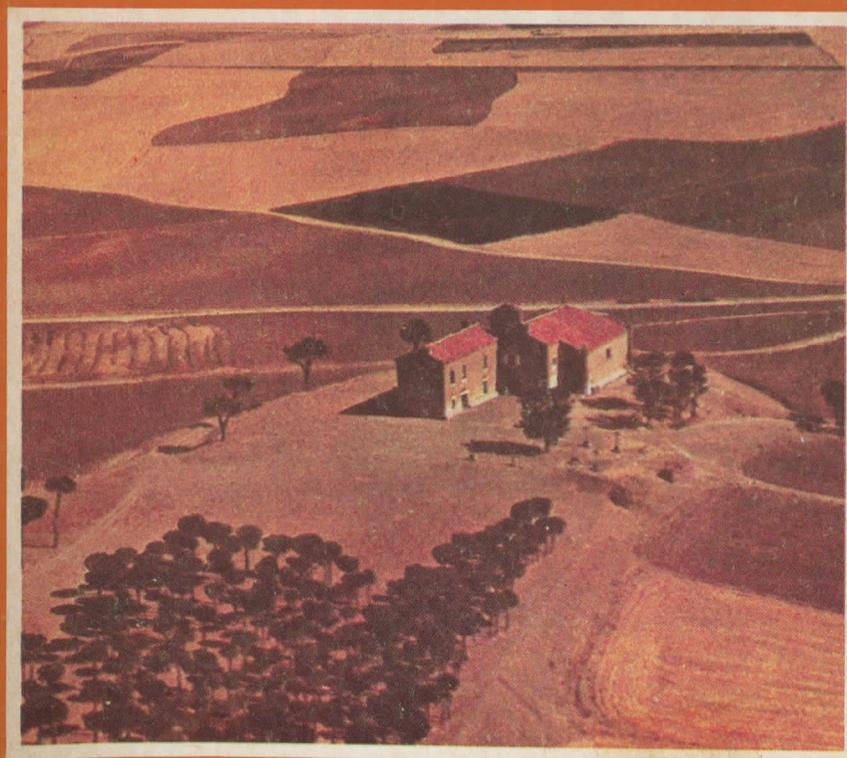
El tema central de esta antología es el de educar para la paz. La educación y la poesía para Antonio Machado son, en su sentido más profundo, un camino hacia la paz, un intento por volver armónico lo discordante y por unir lo que ha sido roto entre los hombres.

Mauricio Robert Díaz. México, D.F., 1948. Licenciatura en pedagogía y maestría en educación. Ha publicado trabajos sobre educación en las revistas del Centro de Estudios Educativos, la Universidad en el Mundo (UNAM), Cuadernos de Cultura Pedagógica (UPN) y otras.

Biblioteca
PEDAGÓGICA

Mauricio Robert Díaz

ANTONIO MACHADO Y LA EDUCACIÓN



ANTONIO MACHADO Y LA EDUCACIÓN

SEP
CULTURA



Ediciones
El Caballito

MAURICIO ROBERT DÍAZ

ANTONIO MACHADO Y LA EDUCACIÓN

ANTONIO MACHADO
Y LA EDUCACIÓN

ANTOLOGÍA DE TEXTOS PEDAGÓGICOS

Biblioteca
PEDAGÓGICA

MAURICIO ROBERT DÍAZ

ANTONIO MACHADO Y LA EDUCACIÓN

ANTOLOGIA DE TEXTOS PEDAGOGICOS

La Biblioteca Pedagógica de la Secretaría de Educación Pública apoya la superación de los maestros para el mejor cumplimiento de su responsabilidad de educar. Con este propósito ofrece un vasto panorama de cómo ha sido concebida la educación en diferentes épocas y latitudes, de los debates de hoy y de sus perspectivas.



EDICIONES
EL CABALLITO



Dirección General
de Publicaciones

Secretaría de Educación Pública

Primera edición: 1985

D.R. © 1985, Consejo Nacional de Fomento Educativo
Thiers No. 251, 10o. piso
México, D.F.

Producción: Secretaría de Educación Pública
Subsecretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones

*Coordinación
general:* Manuel Pérez Rocha

Coordinadores: Raquel Glazman Nowalsky
Fernando Jiménez Mier y Terán
Engracia Loyo Bravo
Susana Quintanilla Osorio

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO

ISBN 968-6011-72-2

El maestro tiene por tarea esencial desarrollar el respeto y el amor a la verdad, la reflexión personal, los hábitos de libre examen al mismo tiempo que el espíritu de tolerancia; el sentimiento del derecho de la persona humana y de la dignidad, la conciencia de la responsabilidad individual al mismo tiempo que el sentimiento de la justicia y de la solidaridad sociales, y la adhesión al régimen democrático y a la República.

GREGORIO TORRES QUINTERO

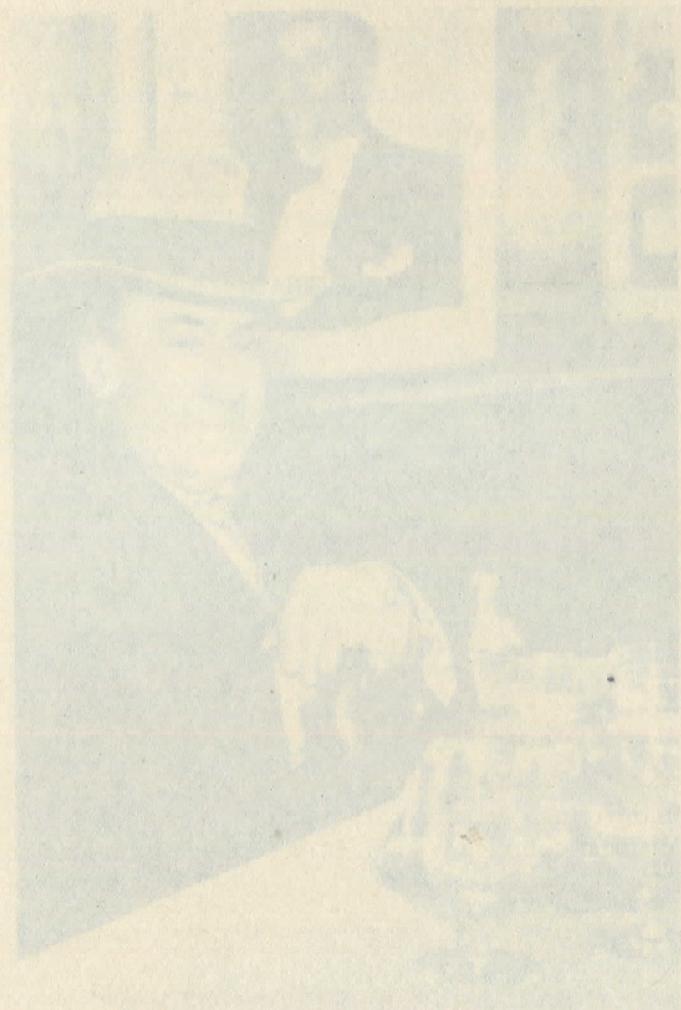
Gregorio Torres Quintero, profesor normalista, nació en Colima en 1866 y murió en México, D.F., en 1934.

INDICE

	<i>Página</i>
Introducción	9
Para la biografía de Mairena	17
Actitud en la búsqueda del conocimiento	21
Pedagogía	33
El diálogo y la crítica	47
Cultura popular y difusión de la cultura	61
Educando para la paz	89
Proverbios y cantares.	105
Parábolas.	123
Cronología	145
Bibliografía	153
Lista de ilustraciones.	155

INTRODUCCION





A Antonio Machado se le conoce principalmente por su poesía. Su obra en prosa, a pesar de tener la misma calidad, es poco conocida. Dentro de ésta destacan los dos volúmenes de *Juan de Mairena* que nos sirvieron de base para esta selección, los cuales contienen “sentencias, donaires, apuntes, y recuerdos de un profesor apócrifo”. En este libro, el personaje Juan de Mairena (quien era oficialmente profesor de gimnasia y daba sus clases de retórica de manera gratuita y voluntaria) dialoga cordialmente con sus alumnos, somete a crítica “lo humano y lo divino” y plantea problemas y preguntas con la intención de despertar la inteligencia y la sensibilidad de sus alumnos (hacerles perder el miedo al pensamiento), para que puedan discernir y actuar sobre los problemas fundamentales del hombre y de la sociedad.

Juan de Mairena es el *hombre* con el cual solía conversar Machado. Alguna vez habló así de él: “es mi ‘yo’ filosófico, que nació en épocas de mi juventud. A Juan de Mairena, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos. Aquellas impresiones, que yo iba resumiendo día a día, constituían un breviario

íntimo, no destinado en modo alguno a la publicidad, hasta que un día... un día saltaron desde mi despacho a las columnas de un periódico".*

Nuestra intención al presentar el pensamiento pedagógico en prosa y en verso de un poeta-maestro como Machado se orienta a revalorar y reivindicar la profesión docente en su sentido clásico. Reencontrarnos con el arte de la educación como búsqueda, diálogo, crítica y creación que actualmente se ve desplazado de manera directa o sutil por las nuevas religiones, como el cientificismo, la tecnocracia, las especializaciones y la catequización política.

Los profesores y los alumnos (jóvenes y niños) se han ido perdiendo ante la multitud de teorías y técnicas, de discursos y modas académicas (planificación, evaluación, "innovaciones"). El cientificismo y la tecnocracia han convertido a la Pedagogía (el arte de educar y la ciencia de enseñar) en programas formalistas llenos de objetivos y hojarasca, que devienen en ecos, sombras y ritos vacíos.

El modelo de educación integral que postula el artículo 3o. ("desarrollar armónicamente todas las facultades del ser humano") se niega en los hechos en detrimento, sobre todo, de la educación filosófica, cívica y literaria. ¿A dónde nos llevará una educación sin filosofía o con "filosofías" embozadas? No podemos esperar mucho de una educación que no sueña e imagina; que reposa en la burocracia o en algún dogmatismo político o técnico; que no despierta pasiones por el conocimiento y la belleza, o que no

* Citado por Manuel Tuñón de Lara en su libro *Antonio Machado poeta del pueblo*, p. 245 (ver Bibliografía al final).

cultiva las esperanzas más profundas de los niños y de los maestros y las mejores tradiciones de la cultura nacional y universal. "¿Quién encenderá el atónito semblante?, ¿quién de los ojos el relámpago?" se preguntaba Leopardi añorando a Dante. Estas preguntas son cada día más difíciles de contestar; las humanidades han sido desplazadas poco a poco y con ellas el sentido estratégico (fundamentalmente ético y cívico) del trabajo de los maestros.

En los textos de esta antología no encontraremos soluciones, ya que nuestro autor piensa al respecto que la solución y el triunfo están en la lucha misma y en la búsqueda: la verdad es la búsqueda de la verdad ("caminante no hay camino..."). Quien quiera "soluciones y seguridades" puede consultar los manuales de tecnología educativa o adscribirse fervorosamente a alguna teoría pedagógica.

Lo que probablemente sí encontraremos en los escritos son elementos que nos estimulen para seguir buscando y armando nuestra propia filosofía educativa, cuestionamientos que nos lleven a dudar de nuestras "convicciones y conocimientos" y a la búsqueda de lo que creemos y queremos en verdad, a sabiendas de que nunca lo alcanzaremos plenamente; sin embargo, esta búsqueda de lo que no conocemos (de "lo otro") nos hará mejores. "Lo más hermoso de la vida es lo insondable, lo que está lleno de misterio. Es éste el sentimiento básico que se halla junto a la cuna del arte verdadero y de la auténtica ciencia. Quien no lo experimenta, el que no está en condiciones de admirar o asombrarse, está muerto, por decirlo así, y con la mirada apagada". Estas palabras de Albert Einstein son válidas también para pensar la labor de

los profesores, si reconocemos que en la pedagogía confluyen el arte y la ciencia.

El maestro no es aquél que se sabe poseedor de una verdad o de una capacidad técnica. Ser maestro es, ante todo, testimoniar una forma de ser, una manera de buscar el conocimiento en la vida y la vida en el conocimiento.

El magisterio empieza donde terminan las "seguridades", los programas, las técnicas, la burocracia, los libros de texto y las vanguardias políticas con sus diversas consignas. Esto es lo que intentamos recordar o sugerir con los textos de Antonio Machado.

Para la elaboración de esta antología se tomó en cuenta la reflexión sobre educación y cultura contenida, principalmente, en los dos volúmenes de *Juan de Mairena*, en el texto de *Abel Martín*, en *Los complementarios* y en las *Poesías* (todos ellos publicados por Editorial Losada). Otro libro que resultó de gran utilidad fue el de *Cultura y Sociedad* (Editorial Cuadernos para el Diálogo), en donde Aurora de Albornoz hizo una selección de los escritos en prosa de Machado; esto nos dio algunas pautas para ubicar mejor los diferentes temas. (Al final del texto se presenta una bibliografía sobre algunas de las obras más importantes acerca del poeta.)

Resulta un poco difícil y arbitrario ordenar y clasificar asuntos tan variados como los que se tratan en las obras mencionadas porque no fueron escritas con la intención de integrar un libro o una teoría educativa; muchos de los textos se escribieron originalmente como colaboraciones periodísticas; además, las cuestiones que tratan se sobreponen y/o se complementan. Sin embargo, en relación con la prosa, escogimos

algunos ejes que, a nuestro juicio, permiten ubicar de manera más específica los temas, e integrar mejor su sentido agrupándolos en cinco apartados: i) Actitud en la búsqueda del conocimiento, ii) Pedagogía, iii) El diálogo y la crítica, iv) Cultura popular y difusión de la cultura, y v) Educando para la paz.

En cuanto a las poesías seleccionadas, el criterio principal que seguimos fue el de incluir aquéllas que tienen un carácter marcadamente pedagógico, como es el caso de los proverbios y cantares o de las parábolas. Aunque toda buena poesía es educativa, en estas pequeñas coplas, de honda raigambre popular, encontramos de manera particular sugerencias y resonancias de una ética bien labrada, un conjunto "articulado" de ideas acerca del hombre y de la vida que nos educan (nos "conducen" con arte en todos los sentidos de la palabra) en tanto que interrogan y estimulan lo mejor de nuestra energía moral e intelectual, ya sea a través de la cordialidad sencilla, de la ironía profunda o de la gravedad de la sentencia.

Incluimos también el poema titulado "Retrato", que equivaldría o superaría la mejor semblanza biográfica; dos elogios: a su más querido maestro Don Francisco Giner y al mejor de sus discípulos, Julio Castro (Julio Alejandro), en donde podemos reconocer en todo su esplendor lo que los antiguos griegos llamaban el Eros Pedagógico, sin el cual, dígame lo que se diga, la educación no puede ir muy lejos. Y, por último, dos poesías de la guerra que sería imposible dejar fuera, pues en ellas el poeta resguarda para su pueblo y para el hombre en general, la esperanza.

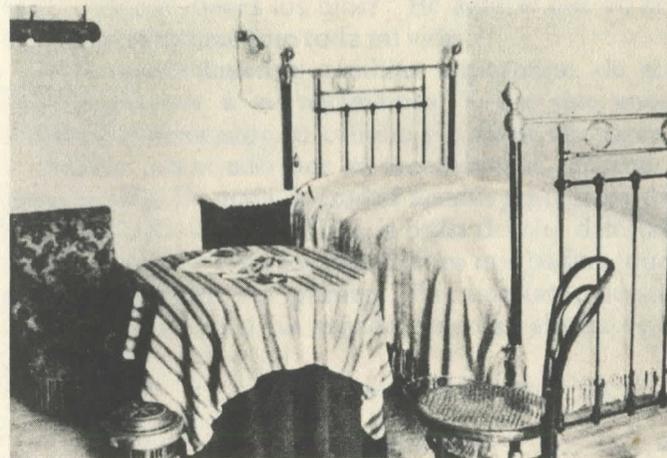
En los versos encontraremos muchas semejanzas con los temas y las "substancias" de la prosa. Otras

formas de hablar de lo mismo: la lucha con uno mismo antes que con el vecino; la desconfianza en la prisa y en la moda; la búsqueda de alteridad e identidad como algo inseparable; la necesidad del diálogo externo e interno; y el amor a una patria traicionada y vendida (como la nuestra): "vendida toda de río a río, de monte a monte, de mar a mar".

Si los maestros y los estudiantes que lean estos escritos pudieran encontrar en ellos un estímulo para mejorar su trabajo, o una motivación para profundizar en las obras de los poetas del pueblo (Machado, Puschkin, Withman...), esta tarea de difundir la cultura pedagógica no habrá sido en vano.

MAURICIO ROBERT DÍAZ

PARA LA BIOGRAFIA DE MAIRENA



El acontecimiento más importante de mi historia es el que voy a contaros.

Era yo muy niño y caminaba con mi madre, llevando una caña dulce en la mano. Fue en Sevilla y en ya remotos días de Navidad. No lejos de mí caminaba otra madre con otro niño, portador a su vez de otra caña dulce. Yo estaba muy seguro de que la mía era la mayor. ¡Oh, tan seguro! No obstante, pregunté a mi madre —porque los niños buscan confirmación aún de sus propias evidencias—: “La mía es mayor, ¿verdad?” “No, hijo —me contestó mi madre—. ¿Dónde tienes los ojos?” He aquí lo que yo he seguido preguntándome toda mi vida.

Otro acontecimiento, también importante, de mi vida es anterior a mi nacimiento. Y fue que unos delfines, equivocando su camino y a favor de marea, se habían adentrado por el Guadalquivir, llegando hasta Sevilla. De toda la ciudad acudió gente, atraída por el insólito espectáculo; a la orilla del río, damitas y galanes, entre ellos los que fueron mis padres, que allí se vieron por vez primera. Fue una tarde de sol que yo he creído o he soñado recordar alguna vez.

(Juan de Mairena [J.M.], Vol. II, p. 37)

ACTITUD EN LA BUSQUEDA
DEL CONOCIMIENTO



José Machado

-1898-

JUAN DE MAIRENA

ACTITUD EN LA BÚSQUEDA
DEL CONOCIMIENTO



El escepticismo pudiera estar o no estar de moda. Yo no os aconsejo que figuréis en el coro de sus adeptos ni en el de sus detractores. Yo os aconsejo, más bien, una posición escéptica frente al escepticismo. Por ejemplo: "Cuando pienso que la verdad no existe, pienso, además, que pudiera existir, precisamente por haber pensado lo contrario, puesto que no hay razón suficiente para que sea verdad lo que yo pienso, aunque tampoco demasiada para que deje de serlo". De ese modo nadáis y guardáis la ropa, dais prueba de modestia y eludís el famoso argumento contra escépticos, que lo es sólo contra escépticos dogmáticos.

(J.M., Vol. I, p. 78)

Nunca os aconsejaré el escepticismo cansino y melancólico de quienes piensan estar de vuelta en todo. Es la posición más falsa y más ingenuamente dogmática que puede adoptarse. Ya es mucho que vayamos a alguna parte. Estar de vuelta ¡ni soñarlo!...

(J.M., Vol. II, p. 83)

El escepticismo a que yo quisiera llevaros es más fuente de regocijo que de melancolía. Consiste en haceros dudar del pensamiento propio, aunque acep-

téis el ajeno, por cortesía y sin daño de vuestra conciencia, porque, al fin, del pensamiento ajeno nunca sabréis gran cosa. Quiero enseñaros a dudar del pensamiento propio cuando éste lleva a callejones sin salida, que es indicaros la salida de esos callejones.

(J.M., Vol. II, p. 84)

Decía mi maestro: Pensar es deambular de calle en calleja, de calleja en callejón, hasta dar en un callejón sin salida. Llegados a este callejón pensamos que la gracia *estaría* en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo.

(J.M., Vol. I, p. 82)

Contra los escépticos se esgrime un argumento aplastante: "Quien afirma que la verdad no existe pretende que eso sea la verdad, incurriendo en palmaria contradicción". Sin embargo, este argumento irrefutable no ha convencido, seguramente, a ningún escéptico. Porque la gracia del escéptico consiste en que los argumentos *no le convencen*. Tampoco pretende él convencer a nadie.

(J.M., Vol. I, p. 11)

Claro es que la duda que yo os aconsejo no es la duda metódica a que aluden los filósofos, recordando a Descartes. Una duda metódica será siempre pura *contradictio in adjecto*,¹ como un *círculo cuadrado*, un *metal de madera*, un *guardia de asalto*, etc. Porque él tiene un método o cree tenerlo, tiene o cree tener

1 "Sobre contradicción" o doble contradicción.

un camino que conduce a alguna verdad, que es precisamente lo necesario para no dudar. Cuando leáis la obra de Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna, veréis cómo es la duda lo que no aparece en ella por ninguna parte. Descartes es fe madura en la ciencia matemática, sin la cual es casi seguro que no habría nunca filosofado. Y en verdad que nadie ha pensado en colocar a Descartes entre los escépticos. Pero yo no os aconsejo la duda a la manera de los filósofos, ni siquiera de los escépticos propiamente dichos, sino la duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y descaminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte.

(J.M., Vol. II, p. 69)

Confieso mi escasa simpatía —habla Juan de Mairena a sus alumnos— hacia aquellos pensadores que parecen estar siempre seguros de lo que dicen. Porque si no lo están y tan bien lo simulan, son unos farsantes; y si lo están, no son verdaderos pensadores, sino, cuando más, literatos, oradores, retóricos, hombres de ingenio y de acción, sensibles a los tonos y a los gestos, pero que nunca se enfrentaron con su propio pensar, propicios siempre a aceptar sin crítica el ajeno. Confieso mi poca simpatía hacia ellos. Porque estos hombres, en las horas pacíficas, se venden por filósofos y ejercen una cierta matonería intelectual, que asusta a los pobres de espíritu sin provecho de nadie y en tiempos de combate se dicen siempre *au dessus de la mêlée*.² No son hombres despreciables, pero creo que Platón los habría expulsado de su

2 Al margen de la lucha, de la revuelta.

República, mucho antes, y con menos honores, que a los poetas.

(J.M., Vol. II, p. 83)

Sería conveniente —habla Juan de Mairena a sus alumnos— que el hombre más o menos occidental de nuestros días, ese hombre al margen de todas las iglesias —o incluido sin fe en algunas de ellas— que ha vuelto la espalda a determinados dogmas, intentase una profunda investigación de sus creencias últimas. Porque todos —sin excluir a los herejes, coleccionistas de excomuniones, etc.— creemos en algo y es este algo, a fin de cuentas, lo que pudiera explicar el sentido total de nuestra conducta. Sin una *pura investigación de las creencias*, que sólo puede encomendarse a los escépticos propiamente dichos, carecemos de una norma medianamente segura para juzgar los hechos más esenciales de la historia.

(J.M., Vol. II, p. 88)

Alguien preguntó a Mairena: ¿por qué han de ser los escépticos los encargados de investigar nuestras creencias? Respondió Mairena: nuestras creencias últimas, a las cuales mi maestro y yo nos referimos, no son, no pueden ser aquellos ídolos de nuestro pensamiento que procuramos poner a salvo de la crítica, mucho menos las mentiras averiguadas que conservamos por motivos sentimentales o de utilidad política, social, etc., sino el resultado, mejor diré los residuos, de los más profundos análisis de nuestra conciencia. Se obtienen por una actividad escéptica honda y honradamente inquisitiva que todo hombre puede realizar —quien más, quien menos— a lo largo

de su vida. La buena fe, que no es la fe ingenua anterior a toda la reflexión, ni mucho menos la de los pragmatistas, siempre hipócrita, es el resultado del escepticismo, de la franca y sincera rebusca de la verdad. Cuanto subsiste, si algo subsiste, tras el análisis exhaustivo o que pretende serlo, de la razón, nos descubre esa zona de lo fatal a que el hombre de algún modo presta su asentimiento. Es la zona de la creencia, luminosa u opaca —tan creencia es el sí como el no—, donde habría que buscar, según mi maestro, el imán de nuestra conducta.

(J.M., Vol. II, pp. 89-90)

Ya os he dicho que el escepticismo pudiera no estar de moda, y para ese caso posible, y aun probable, yo os aconsejo también una posición escéptica. Se inventarán nuevos sistemas filosóficos en extremo ingeniosos, que vendrán, sobre todo, de Alemania, contra nosotros los escépticos o filósofos propiamente dichos. Porque el hombre es un animal extraño que necesita —según él— justificar su existencia con la posesión de alguna verdad absoluta, por modesto que sea lo absoluto de esta verdad. Contra esto, sobre todo, contra lo modesto absoluto, debéis estar absolutamente en guardia.

(J.M., Vol. I, pp. 80-81)

—Hoy traemos, señores, la lección 28, que es la primera que dedicamos a la oratoria sagrada. Hoy vamos a hablar de Dios. ¿Os agrada el tema?

Muestras de asentimiento en la clase.

—Que se pongan de pie todos los que crean en El. Toda la clase se levanta, aunque no toda con el

mismo ímpetu.

—¡Bravo! Muy bien. Hasta mañana, señores.

—¿...?

—Que pueden ustedes retirarse.

—¿Y qué traemos mañana?

—La lección 29: “De la posible inexistencia de Dios”.

(J.M., Vol. I, p. 48)

Sed hombres de mal gusto. Yo os aconsejo el mal gusto, para combatir los excesos de la moda. Porque siempre es de mal gusto lo que no se lleva en una época determinada. Y en ello encontraréis a veces lo que debiera llevarse.

(J.M., Vol. II, p. 44)

Sed originales; yo os lo aconsejo; casi me atrevería a ordenároslo. Para ello —claro es— tenéis que renunciar al aplauso de los *snoobs* y de los fanáticos de la novedad; porque esos creerán siempre haber leído algo de lo que vosotros pensáis, y aun pensarán, además, que vosotros lo habíais leído también, aunque en ediciones profanadas ya por el vulgo, y que, en último término, no lo habéis comprendido tan bien como ellos. A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído.

(J.M., Vol. I, pp. 50-51)

Los hombres que están siempre de vuelta en todas las cosas son los que no han ido nunca a ninguna parte. Porque ya es mucho ir; volver, ¡nadie ha vuelto!

El paleta perfecto es el que nunca se asombra de nada; ni aun de su propia estupidez.

(J.M., Vol. I, p. 30)

El ceño de la incompreensión —decía Mairena, gran observador de fisonomías— es, muchas veces, el signo de la inteligencia, propio de quien piensa algo en contra de lo que se le dice, que es, casi siempre, la única manera de pensar algo.

(J.M., Vol. I, p. 83)

Nada os importe —decía Juan de Mairena— ser inactuales, ni decir lo que vosotros pensáis que debió decirse hace veinte años; porque eso será, acaso, lo que puede decirse dentro de otros veinte. Y si aspiráis a la originalidad, huid de los novedosos, de los noveleros y de los arbitristas de toda laya. De cada diez novedades que pretenden descubrirnos, nueve son tonterías. La décima y última, que no es una necedad, resulta a última hora que tampoco es nueva.

(Los complementarios, 1968, p. 192)

En política, como en arte, los *novedosos* apedrean a los originales.

A los tradicionalistas convendría recordarles lo que tantas veces se ha dicho contra ellos:

Primero. Que si la historia es, como el tiempo, irreversible, no hay manera de restaurar lo pasado.

Segundo. Que si hay algo en la historia fuera del tiempo, valores eternos, eso, que no ha pasado, tampoco puede restaurarse.

Tercero. Que si aquellos polvos trajeron estos lodos, no se puede condenar el presente y absolver el pasado.

Cuarto. Que si tornásemos a aquellos polvos volveríamos a estos lodos.

Quinto. Que todo reaccionarismo consecuente termina en la caverna o en una edad de oro, en la cual sólo, y a medias, creía Juan Jacobo Rousseau.

Y a los arbitristas y reformadores de oficio convendría advertirles:

Primero. Que muchas cosas que están mal por fuera están bien por dentro.

Segundo. Que lo contrario es también frecuente.

Tercero. Que no basta mover para renovar.

Cuarto. Que no basta renovar para mejorar.

Quinto. Que no hay nada que sea absolutamente *impeorable*.

(J.M., Vol. I, pp. 18-19)

—Dadme cretinos optimistas —decía un político a Juan de Mairena— porque ya estoy hasta los pelos del pesimismo de nuestros sabios. Sin optimismo no vamos a ninguna parte.

—¿Y que diría usted de un optimismo con sentido común?

—¡Ah, miel sobre hojuelas! Pero ya sabe usted lo difícil que es eso, amigo Mairena.

(J.M., Vol. I, p. 18)

Suele vivir el hombre crucificado sobre su propia vanidad, literalmente asado sobre las ascuas de su negra honrilla. Es condición humana este cruel suplicio —añadía Juan de Mairena— y no es justo que pierda totalmente nuestra simpatía quien lo padece. Pero también es condición del hombre el afán de mejorar esta condición, y aun la posibilidad de me-

jorarla, quiero decir, en este caso, de libertarse un poco de la cruz y las ascuas supradichas. Y nuestra mayor estimación irá hacia aquellos hombres que lo intentan, aunque no siempre lo consigan, a saber, hacia los hombres de espíritu filosófico que suelen pensar, más por amor a la verdad que por amor al hombrecillo que todos y cada uno de nosotros llevamos a cuestas.

(J.M., Vol. II, pp. 142-143)

Preguntadlo todo, como hacen los niños. ¿Por qué esto? ¿Por qué lo otro? ¿Por qué lo de más allá? En España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo. Todos queremos estar de vuelta, sin haber ido a ninguna parte. Somos esencialmente paletos.³ Vosotros preguntad siempre, sin que os detenga ni siquiera el aparente absurdo de vuestras interrogaciones. Veréis que el absurdo es casi siempre una especialidad de las respuestas.

...Porque yo no olvido nunca, señores, que soy un profesor de Retórica, cuya misión no es formar oradores sino, por el contrario, hombres que hablen bien siempre que tengan algo bueno que decir, de ningún modo he de enseñaros a decorar la vaciedad de vuestro pensamiento.

...Procurad, sobre todo, que no se os muera la lengua viva, que es el gran peligro de las aulas. De escribir no se hable por ahora. Eso vendrá más tarde. Porque no todo merece fijarse en el papel, Ni es conveniente que pueda decirse de vosotros: Muchas ño-

3 Incultos, pueblerinos, campesinos, toscos.

ñeces dicen; pero ¡qué bien las redactan!

(J.M., Vol. II, p. 18)

Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos *virtuosos* de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad añeja a la literatura y a la conversación —médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos—, que no siempre son los más inteligentes.

(J.M., Vol. I, pp. 16-17)

PEDAGOGIA



Se dice que vivimos en un país de autodidactos. Autodidacto se llama al que aprende algo sin maestro. Sin maestro, por revelación interior o por reflexión autoinspectiva, pudimos aprender muchas cosas, de las cuales cada día vamos sabiendo menos. En cambio, hemos aprendido mal muchas otras que los maestros nos hubieran enseñado bien. Desconfiad de los autodidactos, sobre todo cuando se jactan de serlo.

(J.M., Vol. I, p. 26)

Nunca os jactéis de autodidactos, os repito, porque es poco lo que se puede aprender sin auxilio ajeno. No olvidéis, sin embargo, que este poco es importante y que además nadie os lo puede enseñar.

(J.M., Vol. II, pp. 29-30)

Juan de Mairena hacía advertencias demasiado elementales a sus alumnos. No olvidemos que éstos eran muy jóvenes, casi niños, apenas bachilleres; que Mairena colocaba en el primer banco de su clase a los más torpes, y que casi siempre se dirigía a ellos.

(J.M., Vol. I, p. 26)

Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes, como se ha dicho muy razonablemente, y yo diría mejor, a sembrar preocupaciones y prejuicios; quiero decir juicios y ocupaciones previos y antepuestos a toda ocupación zapatera y a todo juicio de pan llevar.

(J.M., Vol. I, p. 188)

Pláceme ponerme un poco en guardia contra mí mismo. De buena fe os digo cuanto me parece que puede ser más fecundo en vuestras almas, juzgando por aquello que, a mi parecer, fue más fecundo en la mía. Pero ésta es una norma expuesta a múltiples yerros. Si la empleo es por no haber encontrado otra mejor. Yo os pido un poco de amistad y ese mínimo de respeto que hace posible la convivencia entre personas durante algunas horas. Pero no me toméis demasiado en serio. Pensad que no siempre estoy yo seguro de lo que os digo y que, aunque pretenda educaros, no creo que mi educación esté mucho más avanzada que la vuestra. No es fácil que pueda yo enseñaros a hablar, ni a escribir, ni a pensar correctamente, porque yo soy la incorrección misma, un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos. Llevo conmigo un diablo, no el demonio de Sócrates, sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado; que a veces habla por mí y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas. ¡Un verdadero lío! Para los tiempos que vienen no soy yo el maestro que

debéis elegir, porque de mí sólo aprenderéis lo que tal vez os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos.

(J.M., Vol. I, pp. 31-32)

Otra vez quiero recordaros lo que tantas veces os he dicho: no toméis demasiado en serio nada de cuanto oís de mis labios, porque yo no me creo en posesión de ninguna verdad que pueda revelaros. Tampoco penséis que pretendo enseñaros a desconfiar de vuestro propio pensamiento, sino que me limito a mostraros la desconfianza que tengo del mío. No reparéis en el tono de convicción con que a veces os hablo, que es una exigencia del lenguaje meramente retórico gramatical, ni en la manera algo *cavaliere*⁴ o poco respetuosa que advertiréis alguna vez en mis palabras cuando aludo, siempre de pasada, a los más egregios pensadores. Resabios son éstos de viejo ateneísta, en el más provinciano sentido de la palabra. En ello habéis de seguirme menos que en nada.

(J.M., Vol. II, p. 29)

Sed modestos: yo os aconsejo la modestia; o, por mejor decir: yo os aconsejo un orgullo modesto que es lo español y lo cristiano. Recordad el proverbio de Castilla: "Nadie es más que nadie". Esto quiere decir cuánto es difícil aventajarse a todos, porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre.

Así hablaba Mairena a sus discípulos. Y añadía:

⁴ Despreocupada, desembarazada.

¿Comprendéis ahora por qué los grandes hombres solemos ser modestos?

(J.M., Vol. I, p. 30)

Vosotros debéis amar y respetar a vuestros maestros, a cuantos de buena fe se interesan por vuestra formación espiritual. Pero para juzgar si su labor fue más o menos acertada, debéis esperar mucho tiempo, acaso toda la vida, y dejar que el juicio lo formulen vuestros descendientes. Yo os confieso que he sido ingrato alguna vez —y hartó me pesa— con mis maestros, por no tener presente que en nuestro mundo interior hay algo de ruleta en movimiento, indiferente a las posturas del paño, y que mientras gira la rueda, y rueda la bola que nuestros maestros lanzaron en ella un poco al azar, nada sabemos de pérdida o ganancia, de éxito o de fracaso.

(J.M., Vol. I, p. 31)

Es cosa triste que hayamos de reconocer a nuestros mejores discípulos en nuestros contradictores, a veces en nuestros enemigos, que todo magisterio sea a última hora, cría de cuervos, que vengan un día a sacarnos los ojos.

(J.M., Vol. I, p. 83)

De la enseñanza religiosa decía mi maestro: “La verdad es que no la veo por ninguna parte”. Y ya hay quien habla de sustituirla por otra. ¡Es lo que me quedaba por oír!

—Conviene estar de vuelta de todo.

—¿Sin haber ido a ninguna parte?

—Esa es la gracia amigo mío.

(J.M., Vol. II, pp. 44-45)

Mairena era, como examinador, extremadamente benévolo. Suspendedía a muy pocos alumnos, y siempre tras exámenes brevísimos. Por ejemplo:

—¿Sabe usted algo de los griegos?

—Los griegos... los griegos eran unos bárbaros...

—Vaya usted bendito de Dios.

—¿...?

—Que puede usted retirarse.

Era Mairena —no obstante su apariencia seráfica— hombre, en el fondo, de malísimas pulgas. A veces recibió la visita airada de algún padre de familia que se quejaba, no del suspenso adjudicado a su hijo, sino de la poca seriedad del examen. La escena violenta, aunque también rápida, era inevitable.

—¿Le basta a usted ver a un niño para suspenderlo?

—decía el visitante, abriendo los brazos con ademán irónico de asombro admirativo.

Mairena contestaba, rojo de cólera y golpeando el suelo con el bastón:

—¡Me basta ver a su padre!

(J.M., Vol. I, pp. 79-80)

“Pero nosotros queremos ser sofistas, en el mejor sentido de la palabra, o, digámoslo más modestamente, en uno de los buenos sentidos de la palabra: queremos ser librepensadores. No os estrepitéis. Nosotros no hemos de pretender que se nos consienta decir todo lo malo que pensamos del monarca, de

los gobiernos, de los obispos, del Parlamento, etc. La libre emisión del pensamiento es un problema importante, pero secundario, y supeditado al nuestro, que es el de la libertad del pensamiento mismo. Por de pronto, nosotros nos preguntamos si el pensamiento, nuestro pensamiento, el de cada uno de nosotros, puede producirse con entera libertad, independientemente de que, luego, se nos permita o no emitirlo. Digámoslo retóricamente: ¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo? De aquí nuestros ejercicios de clase, que unos parecen de lógica y otros de sofística, en el mal sentido de la palabra, pero que en el fondo son siempre Retórica, y de la buena, Retórica de sofistas o catecúmenos del libre pensamiento. Nosotros pretendemos fortalecer y agilizar nuestro pensar para aprender de él mismo cuáles son sus posibilidades, cuáles sus limitaciones; hasta qué punto se produce de un modo libre, original, con propia iniciativa, y hasta qué punto nos aparece limitado por normas rígidas, por hábitos mentales inmodificables, por *imposibilidades* de pensar de otro modo. ¡Ojo a esto, que es muy grave!...”

Estas palabras fueron tomadas al oído por el *oyente* de la clase de Mairena, el alumno especializado en la función de oír, y al cual Mairena no preguntaba nunca. Del estilo de estos apuntes parece inferirse que su autor era, más que un estudiante de Retórica, un aprendiz de taquígrafía. Esta sospecha tuvo Mairena durante varios cursos; pero lo que él decía: ¡Un hombre que escucha!... Todos mis respetos.

(J.M., Vol. I, pp. 116-117)

Que nosotros hacemos, en esta cátedra de Retórica

y de Sofística, una especie de astracán filosófico, es algo que podemos decir en previsión de fáciles burlas, y para socorrer, de paso, la indigencia mental de nuestros enemigos. Pero debemos añadir que este juicio responde a una visión superficial y un tanto burda de nuestra labor, porque, de otro modo, ¿cómo lo cederíamos nosotros al adversario? Nuestra posición es más firme de lo que parece, como probaremos en otra ocasión. Por de pronto, sólo esto quiero adelantaros: nosotros somos, antes que nada, estudiantes de Retórica. La Retórica es una disciplina importantísima. Por falta de Retórica, los germanos, maravillosamente dotados para la metafísica, no han construido, sin embargo, nada tan sólido como la filosofía de los griegos. La Retórica ha de enseñarnos a hablar bien. Pero yo os pregunto: ¿Creéis vosotros que es posible hablar bien pensando mal? Si pensáis conmigo que esto no es posible, ¿os extrañará que la Retórica nos conduzca, necesariamente, a la lógica, al estudio de las normas o hábitos de pensar que hacen posible el conocimiento de algo, o la ilusión de que algo conocemos? Si pensáis lo contrario, a saber: que cabe hablar bien pensando mal, comprenderéis que la Retórica nos conduzca a la sofística, en el mal sentido de la palabra; al arte de enmascarar el error o de defender el absurdo. En ambos casos habéis de concederme que la Retórica nos lleva directamente al pensamiento, bueno o malo, si es que no pretendéis que la Retórica sea el arte de bien decir, sin pensar de ningún modo, ni bien ni mal, lo que, a mi juicio, es materialmente imposible. Os digo todo esto para explicaros cómo es sólo aparente nuestra extralimitación de funciones, cuando en una clase de Retórica

hablamos de todo menos de aquello que suele entenderse por Retórica.

(J.M., Vol. I, pp. 115-116)

A muchos asombra, señores, que en una clase de Retórica, como es la nuestra, hablemos de tantas cosas ajenas al arte del bien decir; porque muchos —los más— piensan que este arte puede ejercitarse en el vacío del pensamiento. Si esto fuera así, tendríamos que definir la Retórica como el arte de hablar bien sin decir nada, o de hablar bien de algo, pensando en otra cosa... Esto no puede ser. Para decir bien hay que pensar bien, y para pensar bien conviene elegir temas muy esenciales, que logren por sí mismos captar nuestra atención, estimular nuestros esfuerzos, conmovernos, apasionarnos y hasta sorprendernos. Conviene, además, no distinguir demasiado entre la Retórica y la Sofística, entre la Sofística y la Filosofía, entre la Filosofía y el pensar reflexivo, a propósito de lo humano y de lo divino.

(J.M., Vol. I, pp. 47-48)

Ya hemos dicho que pretendemos no ser pedantes. Hicimos, sin embargo, algunos distingos. Quisiéramos hacer todavía algunos más. ¿Qué modo hay de que un hombre consagrado a la enseñanza no sea un poco pedante? Consideramos que sólo se enseña al niño, porque siempre es niño el capaz de aprender, aunque tenga más años que un palmar. Esto asentado, yo os pregunto: ¿Cómo puede un maestro, o si queréis, un pedagogo, enseñar, educar, conducir al niño sin hacer-

se algo niño a su vez y sin acabar profesando un saber algo infantilizado? Porque es el niño quien en parte hace al maestro. Y es el saber infantilizado y la conducta infantil del sabio lo que constituye el aspecto más elemental de la pedantería, como parece indicarlo la misma etimología griega de la palabra. Y recordemos que se llamó *pedantes* a los maestros que iban a las casas de nuestros abuelos para enseñar Gramática a los niños. No dudo yo de que estos hombres fueran algo ridículos, como lo muestra el mismo hecho de pretender enseñar a los niños cosa tan impropia de la infancia como es la Gramática. Pero al fin eran maestros y merecen nuestro respeto. Y en cuanto al hecho mismo de que el maestro se infantilice y en cierto sentido se *apedante* en su relación con el niño (pais, paidós), conviene también distinguir. Porque hemos de comprender como niños lo que pretendemos que los niños comprendan. Y en esto no hay infantilismo, en el sentido de retraso mental. En las disciplinas más fundamentales (Poesía, Lógica, Moral, etc.), el niño no puede disminuir al hombre. Al contrario: el niño nos revela que casi todo lo que él puede comprender apenas si merece ser enseñado y, sobre todo, que cuando no acertamos a enseñarlo es porque nosotros no lo sabemos bien todavía.

(J.M., Vol. I, pp. 188-189)

Siempre he sido —habla Mairena a sus alumnos de Retórica— enemigo de lo que hoy llamamos, con expresión tan ambiciosa como absurda, *educación física*. Dejemos a un lado a los antiguos griegos, de cuyos gimnasios hablaremos otro día. Vengamos a lo

de hoy. *No hay que educar físicamente a nadie.* Os lo dice un profesor de Gimnasia.

Sabido es que Juan de Mairena era, oficialmente, profesor de Gimnasia, y que sus clases de Retórica, gratuitas y voluntarias, se daban al margen del programa oficial del Instituto en que prestaba sus servicios.

Para crear hábitos saludables —añadía—, que nos acompañen toda la vida, no hay peor camino que el de la gimnasia y los deportes, que son ejercicios mecanizados, en cierto sentido abstractos, desintegrados tanto de la vida animal como de la ciudadana. Aun suponiendo que estos ejercicios sean saludables —y es mucho suponer—, nunca han de sernos de gran provecho, porque no es fácil que nos acompañen sino durante algunos años de nuestra efímera existencia. Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleita en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeña en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables, capaces de atravesar la sierra de Guadarrama en los días más crudos del invierno, ya por deseo de recrearse en el espectáculo de los pinos y de los montes, ya movidos por el afán científico de estudiar la estructura y composición de las piedras o de encontrar una nueva especie de lagartijas.

Todo deporte, en cambio, es trabajo estéril, cuando no juego estúpido. Y esto se verá claramente cuando una ola de ñoñez y de americanismo invada a nuestra vieja Europa.

Se diría que Juan de Mairena había conocido a nuestro gran don Miguel de Unamuno, tan antideportivo, como nosotros lo conocemos: *iam senior, sed*

cruda deo viridisque senectus,⁵ o que había visto al insigne Bolívar cazando saltamontes a sus setenta años, con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera carpetovetónica.⁶

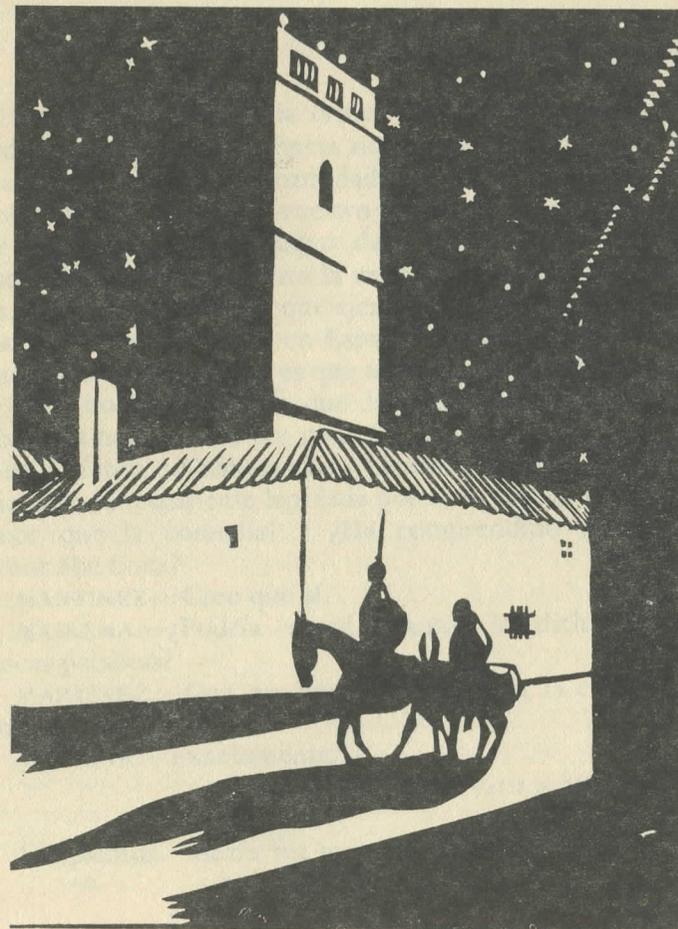
(J.M., Vol. I, pp. 62-63)

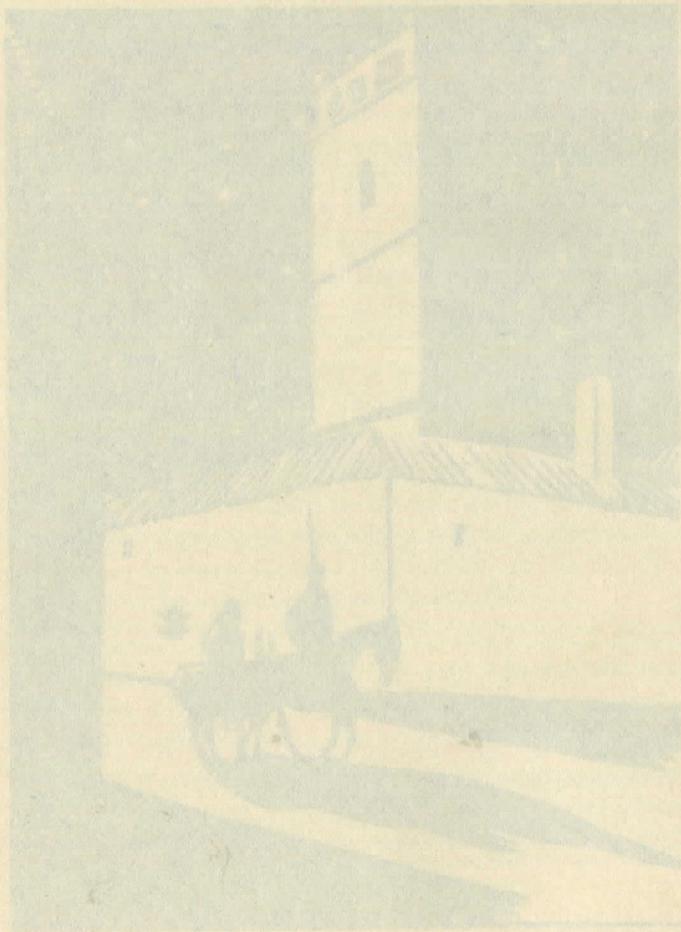


5 Ya viejo, pero Dios lo hace retoñar en la vejez.

6 Cadena de montañas que divide a España de Este a Oeste en dos mitades, separando al mismo tiempo las cuencas del Duero y el Tajo y Castilla la Vieja de Castilla la Nueva.

EL DIALOGO Y LA CRITICA





Si alguna vez cultiváis la crítica literaria o artística, sed benévolos. Benevolencia no quiere decir tolerancia de lo ruin o conformidad con lo inepto, sino voluntad del bien, en vuestro caso, deseo ardiente de ver realizado el milagro de la belleza. Sólo con esta disposición de ánimo la crítica puede ser fecunda. La crítica malévola que ejercen avinagrados y melancólicos es frecuente en España, y nunca descubre nada bueno. La verdad es que no lo busca ni lo desea.

Esto no quiere decir que la crítica malévola no coincida más de una vez con el fracaso de una intención artística. ¡Cuántas veces hemos visto una comedia mala sañudamente lapidada por una crítica mucho peor que la comedia!... ¿Ha comprendido usted, señor Martínez?

MARTINEZ:—Creo que sí.

MAIRENA:—¿Podría usted resumir lo dicho en pocas palabras?

MARTINEZ:—Que no conviene confundir la crítica con las malas tripas.

MAIRENA:—Exactamente.

(J.M., Vol. I, p. 23)

Limpiemos —decía mi maestro— nuestra alma de

malos humores, antes de ejercer funciones críticas. Aunque esto de limpiar el alma de malos humores tiene su peligro; porque hay almas que apenas si poseen otra cosa y, al limpiarse de ella, corren el riesgo de quedarse en blanco. Pureza, bien; pero no demasiada, porque somos esencialmente impuros. La melancolía o bilis negra —*atrabilis*— ha colaborado más de una vez con el poeta, y en páginas perdurables. No hemos de recusar al crítico por melancólico. Con todo, un poco de jabón, con su poquito de estropajo, nunca viene mal a la grey literaria.

(J.M., Vol. I, p. 145)

Porque no he dudado nunca de la dignidad del hombre, no es fácil que yo os enseñe a denigrar a vuestro prójimo. Tal es el principio inmovible de nuestra moral. *Nadie es más que nadie*, como se dice por tierras de Castilla. Esto quiere decir, en primer término, que a nadie le es dado aventajarse a todos sino en circunstancias muy limitadas de lugar y de tiempo, porque a todo hay quien gane, o puede haber quien gane, y en segundo lugar, que por mucho que valga un hombre nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Fieles a este principio, hemos andado los españoles por el mundo sin hacer mal papel. Digan lo que digan.

(J.M., Vol. II, p. 46)

Disimulad, amigos queridos —decía Juan de Mairena— si alguna vez parece que pretendo yo echármelas de crítico y hasta de crítico de teatros. A nada aspiro yo menos que a eso. Alguna vez escribí algo destinado a la escena, mas nunca pretendí oficiar de portero,

para que nadie pasase a ella sin hablarme. Contra la crítica de entonces guardo yo algunos rencorcillos, y a curarme de todos ellos aguardo para decir todo lo malo que pensaba de ella muy antes de soportar sus impertinencias o, al par que las soportaba, cuando recaían en alguien mucho mejor que yo y se convertían en verdaderas insolencias. En verdad poca importancia podían tener las tachas que se ponía a mis comedias, y que no coincidían, ni por casualidad, con sus muchos defectos, cuando al creador de todo un teatro se le decía: ¿Por qué no se dedica usted a otra cosa? Contra estos desmanes de almogávares⁷ del escalpelo habéis de estar en guardia, para nunca incurrir en ellos.

En general, yo os aconsejo que nunca os arrepintáis de los elogios sinceros que prodigáis a la obra de vuestro vecino; porque ello es señal de que algo bueno habéis visto en ella. Y por muy pequeño que sea el acierto objetivo de esos elogios, siempre estaréis con ellos más cerca de la verdadera crítica que si pretendéis definir una obra por sus faltas o defectos, es decir, por todo aquello de que la obra carece. Acaso esto explica por qué la crítica benévola, de buena voluntad, es la única que deja rastro fecundo y por qué los más altos jueces (Cervantes, Goethe) fueron tan pródigos en el elogio.

(J.M., Vol. II, pp. 164-165)

Quando un hombre algo reflexivo —decía mi maestro— se mira por dentro, comprende la absoluta impo-

⁷ Soldados muy aguerridos que realizaban audaces incursiones en campos enemigos.

sibilidad de ser juzgado con mediano acierto por quienes lo miran por fuera, que son todos los demás, y la imposibilidad en que él se encuentra de decir cosa de provecho cuando pretende juzgar a su vecino. Y lo terrible es que las palabras se han hecho para juzgarnos unos a otros.

(J.M., Vol. I, p. 130)

Cuando se ponga de moda el hablar claro, ¡veremos!, como dicen en Aragón. Veremos lo que pasa cuando lo distinguido, lo aristocrático y lo verdaderamente hazañoso sea hacerse comprender de todo el mundo, sin decir demasiadas tonterías. Acaso veamos entonces que son muy pocos en el mundo los que pueden hablar, y menos todavía los que logran hacerse oír.

(J.M., Vol. I, p. 111)

No os empeñéis en corregirlo todo. Tened un poco el valor de vuestros defectos. Porque hay defectos que son olvidos, negligencias, pequeños errores fáciles de enmendar, y deben enmendarse; otros son limitaciones, imposibilidades de ir más allá, y la vanidad os llevará a ocultarlos. Y eso es peor que jactarse de ellos.

(J.M., Vol. I, p. 59)

Siempre he creído —decía Mairena a sus alumnos— que la confesión de nuestros pecados y, lo que es más difícil, de nuestros errores, la confianza que, en cierto modo, nos humilla ante nuestro prójimo (sacerdote, médico, maestro, amigo, público, etc.) formará siempre parte de una técnica psicológica para el lavado de nuestro mundo interior y para el descubri-

miento de los mejores paisajes de nuestro espíritu. Item más, el hombre se hace tanto más fuerte, tanto más se desnuda y tonifica, cuanto más es capaz de esgrimir el látigo contra sí mismo. Todo, amigos, antes que engolados abogadetes de vuestras personillas —dejad que se las coman las ratas— porque daréis en literatos de la peor laya, ateneístas en el impenable sentido de la palabra.

Reparad en cómo yo, que tengo mucho —bien lo reconozco— de maestro Ciruela,⁸ no esgrimo, sin embargo, nunca la palmeta contra vosotros. Mas no por falta de palmeta. La palmeta esta aquí, como veis, a vuestra disposición, y yo os invito a que la uséis, aplicándosla, cada cual a sí mismo, o sacudiendo con ella la mano de vuestro prójimo, mas siempre esto último a petición suya. Porque de ningún modo conviene que enturbiemos con amenazas el ambiente benévolo, fuera del cual no hay manera de aprender nada que valga la pena de ser sabido. Ciertamente que hay faltas que merecen corrección, mas son de superficie y podemos no reparar en ellas, y otras, más graves, previstas por las leyes del reino. No nos interesan, desde un punto de vista pedagógico. Nuestros yerros esenciales son hondos, y es en nosotros mismos donde los descubrimos. Si acusamos de ellos a nuestro prójimo, quizá no demos en calumniadores, pero estableceremos con él una falsísima relación, terriblemente desorientadora y descaminante, de la cual todo maestro ha de huir como de la peste. Porque indirectamente nos proponemos como modelo, no siéndolo, con lo

⁸ Alude al dicho popular: "El maestro Ciruela que no sabe leer y ya puso escuela".

cual le mentimos y le cerramos al mismo tiempo la única vía, o la vía mejor para que descubra en sí mismo lo que ya nosotros hemos descubierto. Cometemos dos faltas imperdonables: la una antisocrática, no acompañando a nuestro prójimo para ayudarlo a bien parir sus propias nociones; la otra, mucho más grave, anticristiana, por no haber leído atentamente aquello de la primera piedra, la profunda ironía del Cristo ante los judíos lapidadores. ¿Y qué pedagogía será la nuestra, si nos saltamos a la torera a ese par de maestros?

(J.M., Vol. II, pp. 151-152)

El oyente de la clase de Retórica, en quien Mairena sospechaba un futuro taquígrafo del Congreso, era, en verdad, un oyente, todo un oyente, que no siempre tomaba notas, pero que siempre escuchaba con atención, ceñuda unas veces, otras sonriente. Mairena lo miraba con simpatía no exenta de respeto, y nunca se atrevía a preguntarle. Sólo una vez, después de interrogar a varios alumnos, sin obtener respuesta satisfactoria, señaló hacia él con el dedo índice, mientras pretendía en vano recordar un nombre.

—Usted...

—Joaquín García, oyente.

—Ah, usted perdone.

—De nada.

Mairena tuvo que atajar severamente la algazara burlona que este breve diálogo promovió entre los alumnos de la clase.

—No hay motivo de risa, amigos míos; de burla, mucho menos. Es cierto que yo no distingo entre alumnos oficiales y libres, matriculados y no matricu-

lados; cierto es también que en esta clase, sin tarima para el profesor ni cátedra propiamente dicha —Mairena no solía sentarse o lo hacía sobre la mesa—, todos dialogamos a la manera socrática; que muchas veces charlamos como buenos amigos, y hasta alguna vez discutimos acaloradamente. Todo esto está muy bien. Conviene, sin embargo, que alguien escuche. Continúe usted, señor García, cultivando esa especialidad.

(J.M., Vol. I, pp. 118-119)

Por eso yo os aconsejo —¡oh dulces amigos!— el pensar alto, o profundo, según se mire. De la claridad no habéis de preocuparos, porque ella se os dará siempre por añadidura. Contra el sabido latín, yo os aconsejo el *primum philosophare*⁹ de toda persona espiritualmente bien nacida. Sólo el pensamiento filosófico tiene alguna nobleza. Porque él se engendra ya en el diálogo amoroso que supone la dignidad pensante de nuestro prójimo, ya en la pelea del hombre consigo mismo. En este último caso puede parecer agresivo, pero en verdad, a nadie ofende y a todos ilumina.

(J.M., Vol. I, p. 84)

La fe platónica en las ideas trascendentes salvó a Grecia del *solus ipse*¹⁰ en que la hubiera encerrado la sofística. La razón humana es pensamiento genérico. Quien razona afirma la existencia de un prójimo, la necesidad del diálogo, la posible comunión mental

9 Primero filosofar.

10 Sólo él mismo (quedarse en ella misma).

entre los hombres. Conviene creer en las ideas platónicas, sin desvirtuar demasiado la interpretación tradicional del platonismo. Sin la absoluta trascendencia de las ideas, iguales para todos, intuibles e indeformables por el pensamiento individual, la razón, como estructura común a una pluralidad de espíritus, no existiría, no tendría razón de existir. Dejemos a los filósofos que discutan el verdadero sentido del pensamiento platónico. Para nosotros lo esencial del platonismo es una fe en la realidad metafísica de la idea, que los siglos no han logrado destruir.

Grande hazaña fue el platonismo —sigue hablando Mairena—, pero no suficiente para curar la soledad del hombre. Quien dialoga, ciertamente, afirma a su vecino, al otro yo; todo manejo de razones —verdades o supuestos— implica convención entre sujetos, o visión común de un objeto ideal. Pero no basta la razón, el invento socrático, para crear la convivencia humana; ésta precisa también la comunión cordial, una convergencia de corazones en un mismo objeto de amor. Tal fue la hazaña del Cristo, hazaña prometeica y, en cierto sentido, satánica. Para mi maestro Abel Martín fue el Cristo un ángel díscolo, un menor en rebeldía contra la norma del Padre. Dicho de otro modo: fue el Cristo un hombre que se hizo Dios para expiar en la cruz el gran pecado de la Divinidad. De este modo, pensaba mi maestro, la tragedia del Gólgota adquiere nueva significación y mayor grandeza.

El Cristo, en efecto, se rebela contra la ley del Dios de Israel, que es el dios de un pueblo cuya misión es perdurar en el tiempo. Este dios es la virtud genésica divinizada, su ley sólo ordena engendrar y conservar la prole. En nombre de este dios de proletarios fue

crucificado Jesús, un hijo de nadie, en el sentido judaico, una encarnación del espíritu divino, sin misión carnal que cumplir. ¿Quién es este hijo de nadie que habla de amor y no pretende engendrar a nadie? ¡Tanta sangre heredada, tanto semen gastado para llegar a esto! Así se revuelven con ira proletaria los hijos de Israel contra el Hijo de Dios, el hermano del Hombre. Contra el sentido patriarcal de la historia, milita la palabra del Cristo.

Si eliminamos de los Evangelios cuanto en ellos se contiene de escoria mosaica, aparece clara la enseñanza del Cristo: “Sólo hay un Padre, padre de todos, que está en los cielos”. He aquí el objeto erótico trascendente, la idea cordial que funda, para siempre, la fraternidad humana. ¿Deberes filiales? Uno y no más; el amor de radio infinito hacia el padre de todos, cuya impronta, más o menos borrosa, llevamos todos en el alma. Por lo demás, sólo hay virtudes y deberes fraternos. El Cristo, por el mero hecho de nacer, otorga el canuto,¹¹ licencia, para siempre, al bíblico semental judaico. Y como triunfa Sócrates de la sofística protagórica,¹² alumbrando el camino que conduce a la idea, a una obligada comunión intelectual entre los hombres, triunfa el Cristo de una sofística erótica, que fatiga las almas del mundo pagano, descubriendo otra suerte de universalidad: la del amor. Ellos son los dos grandes maestros de dialéctica que saben preguntar y aguardar las respuestas. No son

11 Licencia absoluta del soldado, así llamada por el cañuto en que generalmente iba envuelta.

12 Hace referencia a Protágoras de Abdera, sofista griego (¿485-410?) quien estimaba que todos los conocimientos proceden de la sensación.

dos charlatanes ni dos pedantes. Charlatán y pedante es sólo quien habla y ni siquiera se escucha a sí mismo. Pero la dialéctica del Cristo es muy otra que la socrática, y mucho más sutil y luminosa. De ella hablaremos otro día, cuando nos ocupemos de "La mujer, como invención del Cristo".

(J.M., Vol. I, pp. 71-72)

(Fragmento de un discurso de Juan de Mairena, conocido por sus discípulos con el nombre de "Sermón de Chipiona")

Después que Platón, en sus diálogos inmortales, descubre la razón, el pensamiento genérico, las ideas que todos hemos de pensar conducidos por la lógica, merced a la común estructura de nuestro entendimiento, el diálogo sigue su camino. En los diálogos del Cristo —con sus discípulos, con las turbas, con las mujeres—, no se buscan razones —éstas habían sido ya encontradas— sino formas y hechos de comunión cordial. Después de la Edad Media, poco fecunda para el diálogo, aparecen, con el Renacimiento y en plena edad moderna, dos gigantescos dialogadores: Shakespeare, en Inglaterra, y Cervantes en España.

El diálogo en Shakespeare, como esencialmente dramático, suele ir complicado con la acción; tampoco allí se buscan razones: la sinrazón aparece en él con sobrada frecuencia. La actividad lógica puede llevarnos a un acuerdo, pero ¡qué poca cosa es ella en la totalidad de nuestra psique! El pensamiento marchita y deslustra la acción. Así piensa Shakespeare, porque Hamlet piensa así, y Macbeth, su antípoda, piensa lo mismo. El diálogo, como medio de inquirir lo verdadero, si os place mejor, como medio de alcanzar el reposo de lo objetivo o, en otro aspecto, como

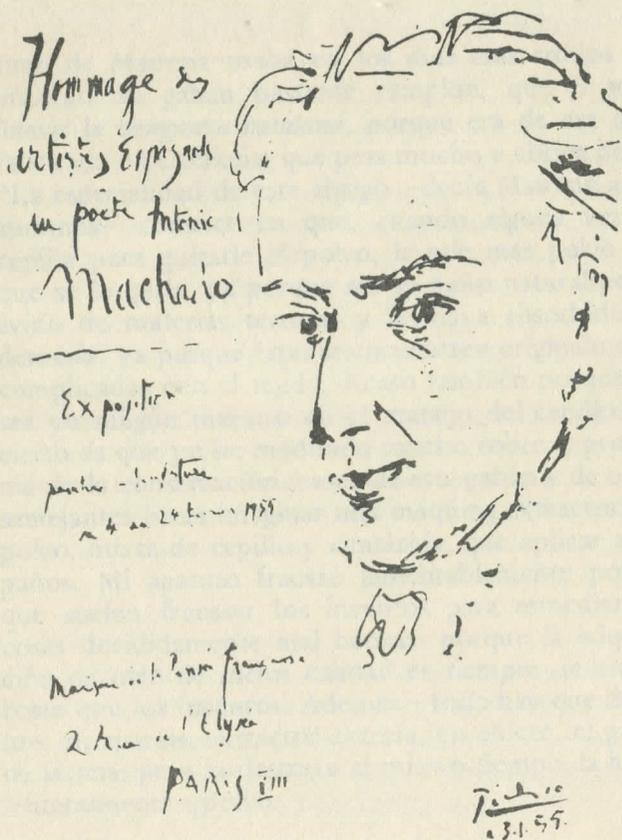
forma de comunión amorosa, es algo que no podemos encontrar en Shakespeare. El diálogo en Shakespeare es un diálogo entre solitarios, hombres que, a fin de cuentas, cada uno ha de bastarse a sí mismo; de ningún modo se busca allí lo genérico, sino que la razón se pierde en los vericuetos de la psique individual. El fondo de cada conciencia se expresaría siempre mejor que en el diálogo en un monólogo. En verdad los personajes del gran Will dialogan consigo mismos, porque están divididos y en pugna consigo mismos.

Cuando llegamos a Cervantes, quiero decir a Quijote, el diálogo cambia totalmente de clima. Es casi seguro que Don Quijote y Sancho no hacen cosa más importante —aun para ellos mismos—, a fin de cuentas, que conversar el uno con el otro. Nada hay más seguro para Don Quijote que el alma ingenua, curiosa e insaciable de su escudero. Nada hay más seguro para Sancho que el alma de su señor. Pero aquí ya no se persiguen razones a través de la selva psíquica, ya no interesa tanto la homogeneidad de la lógica como la heterogeneidad de las conciencias. Entendámonos: la razón no huelga: es como cañamazo sobre el cual bordan con hilos desiguales el caballero y el criado. No olvidemos, sin embargo, que uno de los dialogantes está loco, sin renunciar en lo más mínimo a tener razón, a imponer y —digámoslo en loor de nuestro Cervantes— a persuadir de su total concepción del mundo y de la vida, y que el otro padece tanta cordura como desconfianza de sus razones. Y aquí nos aparece el diálogo entre dos mónadas autosuficientes y, no obstante, afanosas de complementariedad, en cierto sentido, creadoras y tan afirmadoras de su propio ser como inclinadas a una inasequible

alteridad. Entre Don Quijote y Sancho —esa amante pareja de varones, sin sombra de uranismo— la razón del diálogo alcanza tan grande profundidad ontológica que sólo a la luz de la metafísica de mi maestro Abel Martín puede estudiarse, como en otra ocasión demostraremos, o pretenderemos demostrar.

(J.M., Vol. II, pp. 125-126)

CULTURA POPULAR Y DIFUSION DE LA CULTURA



Juan de Mairena usaba en los días más crudos del invierno un gabán bastante ramplón, que él solía llamar *la venganza catalana*, porque era de esa tela, fabricada en Cataluña, que pesa mucho y abriga poco. "La especialidad de este abrigo —decía Mairena a sus alumnos— consiste en que, cuando alguna vez se cepilla para quitarle el polvo, le sale más polvo del que se le quita, ya porque sea su paño naturalmente ávido de materias terrosas y las haya absorbido en demasía, ya porque éstas se encuentren originalmente complicadas con el tejido. Acaso también porque no sea yo ningún maestro en el manejo del cepillo. Lo cierto es que yo he meditado mucho sobre el problema de la conservación y aseo de este gabán y de otros semejantes hasta imaginar una máquina extractora de polvo, mixta de cepillo y cantárida, que aplicar a los paños. Mi aparato fracasó lamentablemente por lo que suelen fracasar los inventos para remediar las cosas decididamente mal hechas: porque la adquisición de otro de mejor calidad es siempre de menor coste que los inventos. Además —todo hay que decirlo— mi aparato extractor extraía, en efecto, el polvo de la tela; pero la destruía al mismo tiempo, la hacía —literalmente— polvo.

“Pero voy a lo que iba, señores. Con este gabán que uso y padezco alegorizo yo algo de lo que llamamos cultura que a muchos pesa más que abriga y que, no obstante, celosamente quisiéramos defender de quienes, porque andan a cuerpo de ella, pensamos que pretenden arrebatarlosla. ¡Bah! Por mi parte, en cuanto poseedor de semejante indumento, no temo al atraco que me despoje de él, ni pienso que nadie me dispute el privilegio de usarlo hasta el fin de mis días”.

(J.M., Vol. II, pp. 31-32)

Y dicho esto, paso a decirs otra cosa. El árbol de la cultura, más o menos frondoso, en cuyas ramas más altas acaso un día os encaraméis, no tiene más savia que nuestra propia sangre, y sus raíces no habéis de hallarlas sino por azar en las aulas de nuestras escuelas, academias, universidades, etc., y no os digo esto para curaros anticipadamente de la solemne tristeza de las aulas que algún día pudiera aquejaros, aconsejándoos que no entréis en ellas. Porque no pienso yo que la cultura, y mucho menos la sabiduría, haya de ser necesariamente alegre y cosa de juego. Es muy posible que los niños, en quienes el juego parece ser la actividad más espontánea, no aprendan nada jugando; ni siquiera a jugar.

(J.M., Vol. II, p.29)

Mairena tenía una idea del *folklore* que no era la de los *folkloristas* de nuestros días. Para él no era el *folklore* un estudio de las reminiscencias de viejas culturas, de elementos muertos que arrastra inconscientemente el alma del pueblo en su lengua, en sus

prácticas, en sus costumbres, etcétera. Mairena vivía en una gran población andaluza, compuesta de una burguesía algo beocia,¹³ de una aristocracia demasiado rural y de un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas. Cuando alguien se lamentaba del poco arraigo y escaso ambiente que tenía allí la Universidad, Mairena, que había estudiado en ella y le guardaba respeto y cariño, solía decir: “Mucho me temo que la causa de eso sea más profunda de lo que se cree. Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no pueda competir con el *folklore*, con el saber popular. El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros. El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto —un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo— no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo. A este hombre no es fácil engañarle con cosas mal sabidas o hechas a desgana”. Pensaba Mairena que el *folklore* era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender, para poder luego enseñar bien a las clases adineradas.

(J.M., Vol. I, p. 56)

Juan de Mairena había pensado fundar en su tierra una Escuela Popular de Sabiduría. Renunció a este propósito cuando murió su maestro, a quien él desti-

¹³ De Beocia, región griega, torpe, grosero, por alusión a cierta estupidez atribuida tradicionalmente a los beocios.

naba las cátedras de Poética y de Metafísica. El se reservaba la cátedra de Sofística.

—Es lástima —decía— que sean siempre los mejores propósitos aquellos que se malogran, mientras prosperan las ideícas de los tontos, arbitristas y revolvedores de la peor especie. Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media. entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecer esas escuelas prácticas donde puede aprender la manera más científica y económica de aserrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reiría en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos, en el mal sentido —si alguno hay bueno— de la palabra.

Mas yo quisiera dejar en vuestras almas sembrado el propósito de una Escuela Popular de la Sabiduría Superior. Y reparad bien en que lo superior no sería la escuela, sino la sabiduría que en ella se alcanzase. Conviene distinguir. Porque nosotros no decimos: “Buena es para el pueblo la sabiduría”, como dicen: “Buena es para el pueblo la religión” los que no creen ya en ella. Estos, al fin, dan lo que desprecian, y nosotros daríamos lo que más veneramos: un saber de primera calidad.

Esta escuela tendría éxito en España, a condición —claro es— de que hubiese maestros capaces de man-

tenerla, y muy especialmente en la región andaluza, donde el hombre no se ha degradado todavía por el culto perverso al trabajo, quiero decir por el afán de adquirir, a cambio de la fatiga muscular, dinero para comprar placeres y satisfacciones materiales.

Es natural —permitidme una pequeña digresión— que el hombre de la Europa septentrional, originariamente cargador o extractor de masas pesadas, talador de selvas, etc., obligado, en suma, a un esfuerzo brutal en un clima duro, busque su emancipación por la máquina, mientras que el hombre de la cultura meridional, originariamente esclavista y negrero, busque el ocio *sine quan non* de una vida noble por la vía ascética, reduciendo a un minimum sus apetencias más o menos bestiales.

De todos modos —decía mi maestro—, una sana concepción del trabajo será siempre la de una actividad marginal de carácter más o menos cinético, a la vera y al servicio de las actividades específicamente humanas: atención, reflexión, especulación, contemplación admirativa, etcétera, que son actividades esencialmente quietistas o, dicho más modestamente, sedentarias. Pero dejemos a un lado a mi maestro y sus teorías, ya rancias, sobre el *homo sapiens*¹⁴ frente al *homo faber*,¹⁵ y aquella más fantástica suya sobre un *homunculus mobilis*,¹⁶ que se convierte en mero proyectil, perdiendo de paso su calidad de semoviente. Y volvamos a la Escuela de la Sabiduría.

Para ella necesitamos —sigue hablando Mairena— un

14 El hombre que sabe.

15 El hombre que trabaja.

16 El hombre que es activo.

hombre extraordinario, algo más que un buen ejemplar de nuestra especie; pero de ningún modo un maestro a la manera de Zaratustra,¹⁷ cuya insolencia ético-biológica nosotros no podríamos soportar más de ocho días. Nuestro hombre estaría en la línea tradicional protagóricosocráticoplatónica, y también, convergentemente, en la cristiana. Porque de nuestra escuela no habría de salir tampoco una nueva escolástica, la cual supone una Iglesia y un Poder político más o menos acordes en defender y abrigar un dogma, con su tabú correspondiente, sino todo lo contrario. Nuestro hombre no tendría nada de sacerdote, ni de sacrificador, ni de catequista, como sus alumnos nada de sectarios, ni de feligreses, ni siquiera de catecúmenos. Respetaríamos el aforismo délfico que traduciríamos a lengua romance en forma más suasoria que imperativa: *Conviene que procures*, etc. Y añadiríamos: "Nadie entre en esta escuela que crea saber nada de nada, ni siquiera de Geometría, que nosotros estudiaríamos, acaso, como ciencia esencialmente inexacta. Porque la finalidad de nuestra escuela, con sus dos cátedras fundamentales, como dos cuchillas de una misma tijera, a saber: la cátedra de Sofística y la de Metafísica, consistiría en revelar al pueblo, quiero decir al hombre de nuestra tierra, todo el radio de su posible actividad pensante, toda la enorme zona de su espíritu que puede ser iluminada y, consiguientemente, oscurecida; en enseñarle a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo.

¹⁷ Hace referencia al libro escrito por F. Nietzsche entre 1883 y 1885, *Así hablaba Zaratustra*, en el que expone su teoría del superhombre.

Sobre el plan, la orientación, el método y aun los programas de esta posible Escuela de Sabiduría nos ocuparemos en otra ocasión.

(J.M., Vol. I, pp. 165-167)

Las religiones históricas —habla Mairena a sus alumnos—, que se dicen reveladas, nada tendrían que temer de nuestra Escuela de Sabiduría; porque nosotros no combatiríamos ninguna creencia, sino que nos limitaríamos a buscar las nuestras. Nosotros sólo combatimos, y no siempre de un modo directo, las creencias falsas, es decir, las incredulidades que se disfrazan de creencias. Usted puede señor Martínez...

—Presente.

—Crear en el infierno hasta achicharrarse en él anticipadamente; pero de ningún modo recomendar a su prójimo esa creencia, sin una previa y decidida participación de usted en ella. No sé si comprende usted bien lo que le digo. Nosotros militamos contra una sola religión, que juzgamos irreligiosa: la mansa y perversa que tiene encanallado a todo el Occidente. Llamémosle *pragmatismo*, para darle el nombre elegido por los anglosajones del Nuevo Continente, que todavía ponen el mingo¹⁸ en el mundo, para bautizar una ingeniosa filosofía o, si os place, una ingeniosa carencia de filosofía. La palabra pragmatismo viene un poco estrecha a nuestro concepto, porque nosotros aludimos con ella a la religión natural de casi todos los granujas, sin distinción de continentes. Quisiéramos nosotros contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a limpiar el mundo de hipocresía,

¹⁸ Poner en mingo: sobresalir, distinguirse.

de *cant*¹⁹ inglés, etcétera.

Es cierto —decía proféticamente mi maestro— que se avecinan guerras terribles, revoluciones cruentísimas, entre cuyas causas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales, y una gran pugna entre la elementalidad y la cultura que anegue el mundo en una ingente ola de cinismo. Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo quedan en pie las virtudes cínicas. Los políticos tendrán que aferrarse a ellas y gobernar con ellas. Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano. He aquí el aspecto más profundamente didáctico de nuestra *Escuela Popular de Sabiduría Superior*.

Nosotros no hemos de incurrir nunca en el error de tomarnos demasiado en serio. Porque ¿con qué derecho someteríamos nosotros lo humano y lo divino a la más aguda crítica, si al mismo tiempo declararíamos intangible nuestra personalidad de hombrecitos docentes? Que nadie entre en nuestra escuela que no se atreva a despreciar en sí mismo tantas cosas cuantas desprecia en su vecino, o que sea incapaz de proyectar su propia personalidad en la pantalla del ridículo. Toda mezquina abogaçia de sí mismo queda prohibida en nuestra escuela. Porque la zona más rica de nuestras almas, desde luego la más extensa, es aquella que suele estar vedada al conocimiento por nuestro amor propio. Os lo diré de una manera impresionante: pacientes hemos de ser en nuestra propia clínica, tanto como quirurgos, y hasta, si me apuráis, cadáve-

19 No poder hacer.

res que su misma disección ejecuten en nuestra propia sala de disección. De esta manera lograremos aventajarnos a nuestros adversarios, si algunos tenemos, porque ellos nos combatirán siempre con armas romas y peor templadas que las nuestras.

(J.M., Vol. I, pp. 168-170)

Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa: al hombre en todos los sentidos de la palabra: al hombre *in genere*²⁰ y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado en circunstancias de lugar y de tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros. Aunque el concepto de masa pueda aplicarse adecuadamente a cuanto alcanza volumen y materia, no sirve para ayudarnos a definir al hombre, porque esa noción fisicomatemática no contiene un átomo de humanidad. Perdonad que os diga cosas de tan marcada perogrullez. En nuestros días hay que decirlo todo. Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aun estética. Y esto es francamente absurdo. Imaginad lo que podría ser una pedagogía para las masas. ¡La educación del niño-masa! Ella sería, en verdad, la pedagogía del mismo Herodes, algo monstruoso.

En cuanto al concepto de *élite* o minoría selecta,

20 En general.

tendríamos mucho que decir, con relación a nuestra Escuela de Sabiduría, porque él nos plantea problemas muy difíciles, cuando no insolubles. Estos problemas pasarían, acaso intactos, de la clase de Sofística a la de Metafísica. Sólo he de anticiparos que yo no creo en la posibilidad de una suma de valores cualitativos, porque ella implica una previa homogeneización que supone, a su vez, una descualificación de estos mismos valores. Nosotros necesitamos, para nuestra Escuela, un hombre extraordinario, o si queréis, varios hombres extraordinarios, pero capaces, cada uno de ellos, de levantar en vilo por su propio esfuerzo el fardo de la sabiduría. ¿El fardo de su propia sabiduría? Claro. No hay más sabiduría que la propia. Y como para nosotros no existiría la división del trabajo, porque nosotros empezariamos por no trabajar o, en último caso, por no aceptar trabajo que fuere divisible, el grupo de sabios especializados en las más difíciles disciplinas científicas no vendría a nuestra escuela ni, mucho menos, saldría de ella. Nosotros no habríamos de negar nuestro respeto ni nuestra veneración a este grupo de sabios, pero de ningún modo les concederíamos mayor importancia que al hombre ingenuo, capaz de plantearse espontáneamente los problemas más esenciales.

Nosotros procuraríamos —hablo siempre de nuestra escuela— no ser pedantes, sin que esto quiera decir que nos obligásemos a conseguirlo. La pedantería va escoltando al saber tan frecuentemente como la hipocresía a la virtud, y es, en algunos casos, un ingenuo tributo que rinde la ignorancia a la cultura. Es mal difícil de evitar. Nosotros ni siquiera nos atrevemos a condenarlo en bloque, sin distingos.

Porque hemos observado cuán sañosamente se apearea la forma más disculpable de la pedantería, que es aquella jactancia de saber que muchas veces acompaña a un saber verdadero. Y, en este caso, quien lapida al pedante descalabra al sabio. Y aún puede que sea esto último lo que se propone. ¡Cuidado! Porque nosotros no hemos de incurrir en tamaña injusticia.

¿Pretensiosos? Sin duda lo somos —respondemos—, pero no presumidos ni presuntuosos. Porque nosotros de nada presumimos ni, mucho menos, presuntuosos. Pretendemos, en cambio, muchas cosas, sin jactarnos de haber conseguido ninguna de ellas. Modestos, con la modestia de los grandes hombres, y el modesto orgullo a que aludía mi maestro. Tales somos, tales quisiéramos ser para nuestra Escuela de Sabiduría.

¿Intelectuales? ¿Por qué no? Pero nunca virtuosos de la inteligencia. La inteligencia ha de servir siempre para algo, aplicarse a algo, aprovechar a alguien. Si averiguásemos que la inteligencia no servía para nada, mucho menos entonces la exhibiríamos en ejercicios superfluos, deportivos, puramente gimnásticos. Que exista una gimnástica intelectual que fortalezca y agilite intelectualmente a quien la ejecuta, es muy posible. Pero sería para nosotros una actividad privada, de puro utilitaria y egoísta, como el comer o purgarse, lavarse o vestirse, nunca para exhibirla en público. La gimnástica, como espectáculo, tiene entontecido a medio mundo, y acabará por entontecer al otro medio.

(J.M., Vol. I, pp. 170-172)

Vosotros sabéis —sigue hablando Mairena a sus

alumnos— mi poca afición a las corridas de toros. Yo os confieso que nunca me han divertido. En realidad, no pueden divertirme, y yo sospecho que no divierten a nadie, porque constituyen un espectáculo demasiado serio para diversión. No son un juego, un simulacro, más o menos alegre, más o menos estúpido, que responda a una actividad de lujo, como los juegos de los niños o los deportes de los adultos; tampoco un ejercicio utilitario, como el de abatir reses mayores en el matadero; menos un arte, puesto que nada hay en ellas de ficticio o de imaginado. Son esencialmente un sacrificio. Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, como si dijéramos, de un modo religioso, en holocausto a un dios desconocido. Por esto las corridas de toros que, a mi juicio, no divierten a nadie, interesan y apasionan a muchos. La afición taurina es, en el fondo, pasión taurina; mejor diré fervor taurino, porque la pasión propiamente dicha es la del toro.

En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior hemos de tratar alguna vez el tema de la tauromaquia, cosa tan nuestra —tan vuestra, sobre todo— y, al mismo tiempo, ¡tan extraña! He de insistir, sin ánimo de molestar a nadie, sobre el hecho de que sea precisamente lo nuestro aquello que se nos aparece como más misterioso e incomprensible. Nos hemos libertado en parte —y no seré yo quien lo deplore— del ánimo *chauvin* que ensalza lo español por el mero hecho de serlo. No era ésta una posición crítica, sino más bien polémica, que no alcanzó entre nosotros —conviene decirlo— proporciones alarmantes como en otros países. Bien está, sin embargo, que nunca más lo adoptemos. Pero una pérdida total de simpa-

tía hacia lo nuestro va construyendo poco a poco en nuestras almas un aparato crítico que necesariamente ha de funcionar en falso y que algún día tendremos que arrumbar en el desván de los trastos inútiles. En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior procuraríamos estar un poco en guardia contra el hábito demasiado frecuente de escupir sobre todo lo nuestro, antes de acercarnos a ello para conocerlo. Porque es muy posible —tal es, al menos, una vehemente sospecha mía— que muchas cosas en España estén mejor por dentro que por fuera —fenómeno inverso al que frecuentemente observamos en otros países— y que la crítica del previo escupitajo sobre lo nuestro no sólo nos aparte de su conocimiento, sino que acabe por asquearnos de nosotros mismos. Pero dejemos esto para tratarlo más despacio.

Decíamos que alguna vez hemos de meditar sobre las corridas de toros, y muy especialmente sobre la afición taurina. Y hemos de hacerlo dejando a un lado toda suerte de investigaciones sobre el origen y desarrollo histórico de la fiesta —¿es una fiesta?— que llamamos nacional, por llamarle de alguna manera que no sea del todo inadecuada. Porque nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior no sería nunca un centro de investigaciones históricas, sin que esto quiera decir que nosotros no respetemos y veneremos esta clase de centros. Nosotros nos preguntamos, porque somos filósofos, hombres de reflexión que buscan razones en los hechos, ¿qué son las corridas de toros? ¿Qué es esa afición taurina, esa afición al espectáculo sangriento de un hombre sacrificando a un toro, con riesgo de su propia vida? Y un matador, señores —la palabra es grave—, que no es un matarife —esto menos

que nada—, ni un verdugo, ni un simulador de ejercicios cruentos, ¿qué es un matador, un espada, tan hazañoso como fugitivo, un ágil y esforzado sacrificador de reses bravas, mejor diré de reses enfierecidas por el acto de su sacrificio? Si no es un loco —todo antes que un loco nos parece este hombre docto y sesudo que no logra la maestría de su oficio antes de las primeras canas—, ¿será, acaso, un sacerdote? No parece que pueda ser otra cosa. ¿Y al culto de qué dioses se consagra? He aquí el estilo de nuestras preguntas en nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior.

(J.M., Vol. I, pp. 172-174)

Decía, en carta que dirigía hace ya tiempo a mi querido amigo el joven maestro Ortega y Gasset, que, a mi entender, parte del estudio de la vida española caía dentro del dominio del 'folk-lore' o, mejor, de un tratado de psicología campesina. Quiero hoy señalar este punto de vista, que no pretendo —¡claro está!— haber descubierto, a aquellos que se preocupan del problema pedagógico. A ello me anima la noticia de una conferencia sobre enseñanza de don Manuel Cossío,²¹ quien, con profundo tino, ha indicado la conveniencia de enviar los mejores maestros a las escuelas del campo.

Los elementos dominantes en España son esencial y casi exclusivamente rurales. Una visión superficial de la vida española parece contener implícita la afirmación contraria. Clásico es ya el cuadro de la España que sufre y trabaja, arrancando con sudor el pan a la

21 Pedagogo e historiador del arte español (1858-1935).

tierra, y sobre cuyas nobles espaldas viven unas cuantas colonias parasitarias de ociosos y mangoneadores. ¿Es esto cierto? Concedámoslo. Pero bien pudiéramos corregir el cuadro pintando, a nuestra vez, a este mismo campesino envilecido y explotado, luciendo pomposos y honoríficos disfraces y encaramado en las cumbres del poder. La mentalidad española gobernante ha sido hasta hace poco —del porvenir no hablemos— una mentalidad de villorio, campesina, cuando no montaraz. Muy torpe será quien no vea en la política española el triunfo de los defectos y virtudes del campo a través de un sufragio de analfabetos.

Mientras no se descienda a estudiar al hombre del campo no acabaremos de explicarnos los más rudimentarios fenómenos de la vida española. De los dos elementos que nos empujan —no dirigen, porque no puede dirigir lo inconsciente—, que nos mueven o arrastran a un porvenir más o menos catastrófico, están ausentes las huellas de la ciudadanía. Ambos son campesinos. Estos elementos son la política y la Iglesia o, por decirlo claramente, los caciques y los curas. En algunos casos los vemos confundidos; en otros, diferenciados; a veces, en pugna; pero siempre compartiendo el dominio, sobreponiéndose, dando el color, el carácter, marcando la dirección de la vida nacional. Si pensáis otra cosa es, sin duda, porque vivís en centros urbanos populosos, donde ciertas agitaciones parciales, más o menos profundas —generalmente menos—, os impiden sentir la fuerza que infunde movimiento a la masa total. En vuestras naves clamorosas os movéis a vuestro antojo y sabéis la dirección de vuestros pasos; pero ignoráis la ruta del barco. Debo advertir que estos elementos citados

no han de ser necesariamente despreciables; no se trata de combatirlos, sino de conocerlos; se les señala aquí a la curiosidad de los inteligentes, no al odio de los sectarios. Acaso en ellos se encuentren las virtudes radicales y los cimientos de una sólida pedagogía. Acaso... Pero vamos a lo que íbamos.

Es preciso enviar los mejores maestros a las últimas escuelas, ha dicho el ilustre pedagogo español. En efecto, si la ciudad no manda al campo verdaderos maestros, sino guardias civiles y revistas de toros, el campo mandará a sus pardillos²² y abogados de secano, sus caciques e intrigantes a las cumbres del poder, y los mandará también a las Academias y a las Universidades.

Pero no basta enviar maestros: es preciso enviar también investigadores del alma campesina, hombres que vayan no sólo a enseñar sino a aprender.

Cuando afirmamos que España necesita cultura, decimos algo tan incontrovertible como vago, algo que equivale a proclamar la salud como una necesidad imprescindible para los enfermos. Que les echen salud a los enfermos, pan a los hambrientos y cultura a los analfabetos. Muy bien. Pero todos sabemos que el enfermo es algo más que la enfermedad, y que la enfermedad no es, sencillamente, la falta de salud, sino algo que es preciso estudiar en el paciente, el microbio *H* o el bacilo *B*, dañando el pulmón o el intestino. También sabemos que el cerebro de un ignorante no es, ni mucho menos, una página en blanco. Atrevámonos a afirmar que tampoco hay una ignorancia, sino

²² Pájaro de color pardo rojizo con el pecho rojo, granívoro y de canto agradable. Es muy común en España.

muchas, y que es preciso descender al ignorante para conocerlas. Añadamos también que no hay una cultura, sino varias, y que el cerebro más refractario a ésta pudiera ser ávido de aquélla. En suma: es preciso acudir al analfabeto, y no precisamente para medirle el cráneo, sino para enterarse de lo que tiene dentro. En este sentido, únicamente —entiéndanme los demasiado advertidos— me atrevo a señalar el punto de vista folklórico de la pedagogía.

A esa labor de europizar [*sic*] a España, tan insistentemente aconsejada por el egregio Costa,²³ y que hoy tiene una expresión práctica y concreta en la Junta para ampliación de Estudios, que manda al extranjero jóvenes estudiosos, hemos de darle su necesario complemento con esta otra labor, no menos fecunda, de los investigadores del alma popular. Esto parece claro y puede que no se entienda. No se trata de descubrir un camino, y mucho menos de indicar una ruta que excluya a las demás. No. Pasó la época en que cada doctor pretendía el privilegio de una droga única para curarlo todo. Tenemos jóvenes que van a estudiar a Francia, Alemania, Inglaterra. Muy bien. Por muchos que sean nunca serán bastantes. Tenemos quienes investigan en archivos y bibliotecas españolas, con el noble deseo de desempolvar y sacar al sol nuestra cultura y nuestra historia. Son pocos; hacen falta más. Pero ¿quiénes son los investigadores del pasado, vivo en el presente de nuestra raza? ¿Cuántos que pretenden arrancar secretos a las piedras de España se han olvidado de interrogar a los hombres!

Asistimos en literatura a un resurgimiento que se

²³ Joaquín Costa, jurista e historiador español (1844-1911).

caracteriza por la tendencia a ponernos en contacto inmediato con la realidad española. El maestro Unamuno, Baroja, 'Azorín', Valle-Inclán, por no citar sino algunos de la gloriosa promoción del 98, han contribuido a formarnos una nueva visión de España. Y ya se anuncia —digámoslo sin rebozo— un nuevo escalofrío de la patria. En la obra de estos escritores cuenta por mucho el elemento exótico: pero no olvidemos que una intensa y directa observación de la vida española constituye, acaso, su más alta virtud. Estos hombres, por cuenta propia y sin auxilio alguno del Estado, han recorrido, curioseado, estudiado y aún descubierto mucho ignorado que teníamos en casa. Se nos dirá que no han hecho sino contrastar lo de dentro con lo de fuera. Conformes. No es menos cierto que urge explorar el alma española y que la pedagogía puede seguir también este camino.

En una colección de artículos publicados recientemente por don Miguel de Unamuno, bajo el título de *Contra esto y aquello*, discurre el ilustre vasco sobre cuestiones de enseñanza, a propósito de un libro del argentino Rojas. En un trabajo titulado *La Argentina*, dice éstas (o) parecidas palabras: 'La restauración nacionalista de que Rojas nos habla debe empezar por la escuela, que será en la Argentina cuna de la "argentinidad" como debe ser en España cuna de la "españolidad".' Esto parece evidente. Si las escuelas no han de ser ineficaces —y bien pudieran serlo aun duplicando su número—, han de servir para formar españoles. Pero ¿sabemos nosotros lo que es o puede ser un español?

EXTENSION UNIVERSITARIA

'Volete divulgare davvero la filosofia? Pensate alla filosofia e non a divulgarla'.²⁴ Son palabras de Benedetto Croce,²⁵ que pueden hacerse extensivas a otros órdenes de la vida espiritual.

No soy partidario del aristocratismo de la cultura en el sentido de hacer de ésta un privilegio de casta. La cultura debe ser para todos, debe llegar a todos; pero, antes de propagarla, será preciso hacerla. No pretendamos que el vaso rebose antes de llenarse. La pedagogía de regadera quiebra indefectiblemente cuando la regadera está vacía. Sobre todo, no olvidemos que la cultura es intensidad, concentración, labor heroica y callada, pudor, recogimiento antes, muy antes, que extensión y propaganda.

(*Los complementarios*, p. 30)

¿A qué debe tender el Estado futuro —dice Baroja— con más fervor? ¿A la producción de la alta cultura o a la difusión de la cultura media? Acaso el deber del Estado sea, en primer término, velar por la cultura de las masas, y esto también en beneficio de la cultura superior. No puede atenderse con preferencia a la formación de una casta de sabios, sin que la alta cultura degenera y palidezca como una planta que se seca por la raíz. Pero los partidarios de un aristocratismo cultural piensan que mientras menor sea el número de aspirantes a una cultura superior, más

²⁴ ¿Queréis de verdad divulgar la filosofía? Pensad en ella y no en divulgarla.

²⁵ Filósofo y político italiano (1866-1952), cuyo pensamiento ejerció gran influencia en su país.

seguros estarán ellos de poseerla como privilegio. Arriba, los hombres capaces de conocer el sánscrito y el cálculo infinitesimal; abajo, una turba de gañanes que adore al sabio como a un animal sagrado. Por lo demás, tiene razón Baroja cuando afirma que el sabio y el artista, aunque parezcan revolucionarios, son, por su instinto, conservadores. Pero el Estado debe sentirse revolucionario atendiendo a la educación del pueblo, de donde salen los sabios y los artistas.

(*Los complementarios*, p. 44)

Cuando alguien me preguntó hace ya muchos años: ¿piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo, o permanecer encerrado en su *torre de marfil* —era el tópico al uso de aquellos días—, consagrado a una actividad aristocrática, en esferas de la cultura sólo accesibles a una minoría selecta?, yo contesté con estas palabras, que a muchos parecieron un tanto evasivas o ingenuas: 'Escribir para el pueblo —decía mi maestro—, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria; es escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España; Shakespeare, en Inglaterra; Tolstoy, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquie-

ra. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mi, mero aprendiz de gay-saber,²⁶ no creo haber pasado del folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular'.

Mi respuesta era la de un español consciente de su hispanidad, que sabe, que necesita saber cómo en España lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular. En los primeros meses de la guerra que hoy ensangrienta a España, cuando la contienda no había perdido aún su aspecto de mera guerra civil, yo escribí estas palabras que pretenden justificar mi fe democrática, mi creencia en la superioridad del pueblo sobre las clases privilegiadas.

(*Abel Martín, Cancionero de J.M.*, 1968, pp. 107-108)

No es afán de dirigir: es que la clase proletaria reclama sus derechos a dirigir el mundo; sólo lo dirigen la cultura y la inteligencia, y tanto una como la otra no pueden ser un privilegio de casta. A muchos aterra el movimiento del proletariado y hasta lo consideran como una oleada de barbarie que puede anegar la cultura. Creen que ésta, que es injusto patrimonio de pocos, desaparecería al dar pleno acceso a ella a las masas. Lo que hay en el fondo del movimiento de las masas trabajadoras es la aspiración a la perfección por medio de la cultura. Hay quienes consideran ésta como caudal que, repartido, desaparecería rápidamente. Gran error. El caudal de la cultura se multiplicaría por el goce de ella de las grandes masas. ¿Qué se logrará en cuanto la cultura deje de ser un privilegio de casta y las masas penetren

26 Saber poético.

en su zona de influencia? Pues lo que las masas buscan: no ser masas en el sentido que se da a este nombre, y lo conseguirían. Yo no soy marxista ni puedo creer, con el dogma marxista, que el elemento económico sea lo más importante de la vida; es éste un elemento importante, no el más importante; pero oponerse avara y sórdidamente a que las masas entren en el dominio de la cultura y de lo que en justicia les corresponde me parece un error que siempre dará funestos resultados. Que las masas entren en la cultura no creo que sea la degradación de la cultura, sino el crecimiento de un núcleo mayor de hombres que aspiran a la espiritualidad. Pero, ¿cómo van a ser cultos esos bárbaros? —se oye decir—. Esos bárbaros lo que quieren es no ser bárbaros. Todo lo que se defiende como un privilegio generalmente son valores muertos.

Cuando el saber se especializa, crece el volumen total de la cultura. Esta es la ilusión y el consuelo de los especialistas. ¡Lo que sabemos entre todos! ¡Oh, eso lo que no sabe nadie!

(J.M., Vol. I, p. 10)

En efecto —añadía Mairena—, la cultura vista desde fuera, como si dijéramos, desde la ignorancia o, también, desde la pedantería, puede aparecer como un tesoro cuya posesión y custodia sean el privilegio de unos pocos; y el ansia de cultura que siente el pueblo, y que nosotros quisiéramos contribuir a aumentar en el pueblo, como la amenaza a un sagrado depósito, la ingente ola de barbarie que lo anegue y destruya. Pero nosotros, que vemos la cultura desde dentro, quiero decir desde el hombre mismo, no pensamos ni en el

caudal, ni en el tesoro, ni en el depósito de la cultura, como fondo o existencias que puedan repartirse a voleo, mucho menos ser entrados a saco por la turba indigente. Para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... ¿Qué piensa el oyente?

—Que, desde ese punto de vista —respondió el oyente— la difusión de la cultura sería un beneficio de ella misma, contra lo que piensan quienes pretenden defenderla como privilegio de clase. ¿Es esto lo que se trataba de demostrar?

—Ni más ni menos.

—Repáre usted, sin embargo, querido maestro, en que ese punto de vista es exclusivamente el nuestro. Nosotros, futuros alumnos o maestros de la Escuela Popular de Sabiduría Superior, sólo pretenderíamos despertar al dormido, y sólo de ese modo contribuiríamos a la difusión de la cultura. Pero enfrente de nosotros estarán siempre, no precisamente los dormidos, sino aquellos que, medio desvelados, no quieren despertar del todo, ni mucho menos despertar a su prójimo. No sé si me explico.

—Prosiga.

—En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior habría pocos alumnos, lo que no supondría un daño para la Escuela; pero serían muchos, en cambio, los enemigos de ella, los que pretendieran cerrarla. Y aún días pudieran llegar en que a profesores y alumnos de la tal escuela nos oliese la cabeza a pólvora. Ojo a esto, que es muy grave.

Los alumnos de Mairena rieron la última frase del

oyente, que parecía remedar el estilo del maestro.

—Tendríamos, en efecto, muchos enemigos —observó Mairena— lo que no implica ninguna seria objeción a nuestra tesis. ¿Conformes?

—Conformes.

(J.M., Vol. II, pp. 65-66)

Para mí —continuó Mairena— sólo habría una razón de peso contra la difusión de la cultura —o tránsito desde un estrecho círculo de elegidos y de privilegiados a otros ámbitos más extensos— si averiguásemos que el principio de Carnot rige también para esa clase de energía espiritual que despierta al dormido. En ese caso, habríamos de proceder con sumo tiento; porque una difusión de la cultura implicaría, a fin de cuentas, una de la misma, que la hiciese prácticamente inútil. Pero nada hay averiguado sobre este particular. Nada serio podríamos oponer a una tesis contraria que, de acuerdo con la más acusada apariencia, afirmase la constante reversibilidad de la energía espiritual que produce la cultura, como no fuese nuestra duda, más o menos vehemente, de la existencia de tal energía. Pero esto no habría de llevarnos a una discusión metafísica en la cual el principio Carnot-Clausius,²⁷ o no podría sostenerse o perdería toda su trascendencia al estadio de la pedagogía.

Vamos a otra cosa, mejor dicho, a examinar otro aspecto de la cuestión. Nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior tendría muchos enemigos; todos aquellos para quienes la cultura es no sólo un instru-

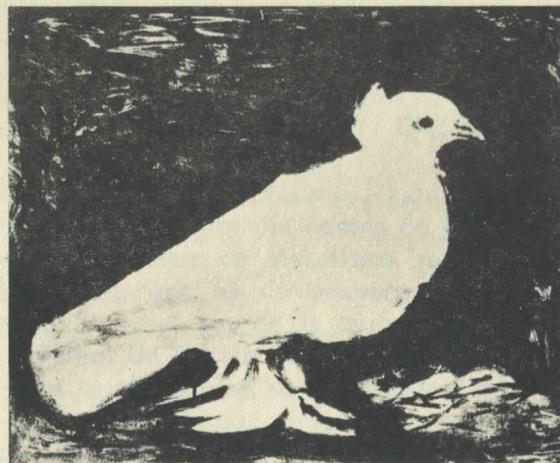
²⁷ Se refiere al principio de la termodinámica que explica los fenómenos de la transferencia de calor en relación con la energía.

mento de poder sobre las cosas, sino también, y muy especialmente, de dominio sobre los hombres. Nos acusarían de corruptores del pueblo, sin razón, pero no sin motivo. Porque si la cultura sirve a unos pocos para mandar, sólo hay una manera muy otra que la nuestra de conservarla: enseñar a obedecer a todos los demás. Y reparad en que esos hombres se preocupan, a su modo, de la educación del pueblo, tanto o más que nosotros. ¿Tendríamos enfrente a la Iglesia, órgano supremo de salvación de las masas? Acaso. Pero no por motivos de competencia. Porque a nosotros no nos preocupa la salvación de las masas. Recordad lo que tantas veces os he dicho. El concepto de masa aplicado al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo. Salvación de las masas, educación de las masas... Desconfiad de ese yerro lógico, que es otra terrible caja de Pandora. Se me dirá que el concepto de masa, puramente cuantitativo, puede aplicarse al hombre y a las muchedumbres humanas, como a todo cuanto ocupa lugar en el espacio. Sin duda; pero a condición de no concederle ningún otro valor cualitativo. No olvidemos que, para llegar al concepto de masas humanas, hemos hecho abstracción de todas las cualidades del hombre, con excepción de aquella que el hombre comparte con las cosas materiales: la de poder ser medido con relación a unidad de volumen. De modo que, en estricta lógica, las masas humanas ni pueden salvarse ni ser educadas. En cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. He aquí la

malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demócratas incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán nunca.

(J.M., Vol. II, pp. 66-68)

EDUCANDO PARA LA PAZ





El problema del amor al prójimo —habla Mairena a sus alumnos— que algún día hemos de estudiar a fondo en nuestra clase de Metafísica, nos plantea agudamente otro, que ha de ocuparnos en nuestra clase de Sofística: el de la existencia real de nuestro prójimo, de nuestro vecino, que dicen los ingleses —*our neighbour*²⁸—, de acuerdo con nuestro Gonzalo de Berceo. Porque si nuestro prójimo no existe, mal podremos amarle. Ingenuamente os digo que la cuestión es grave. Meditad sobre ella.

—Alguien ha dicho —observó un alumno— que nadie puede dudar sinceramente de la existencia de su prójimo, y que el más desenfrenado idealismo, el del propio Berkeley,²⁹ vacila en sostener su famoso principio *esse = percipi*³⁰ más allá de lo inerte, y no ya en presencia de un hombre, sino de una planta. Del solipsismo³¹ se ha dicho que es una concepción absurda e inaceptable, una verdadera monstruosidad.

28 Nuestro vecino.

29 Jorge Berkeley obispo y filósofo idealista irlandés.

30 Ser percibido.

31 Teoría filosófica idealista según la cual nada existe fuera del pensamiento individual y la realidad percibida no es más que fruto de la imaginación.

—Todo eso se ha dicho, en efecto —respondió Mairena—. Pero a mi nunca me han convencido de ello los que tal dicen. Espero que a vosotros tampoco os convencerán. Porque el solipsismo podrá responder o no a una realidad absoluta, ser o no verdadero; pero de absurdo no tiene pelo. Es la conclusión inevitable y perfectamente lógica de todo subjetivismo extremado. Por eso lo tratamos en nuestra clase de Sofística. Es evidente que cualquier posición filosófica —sensualista o racionalista— que ponga en duda la existencia real del mundo externo convierte *eo ipso*³² en problemática la de nuestro prójimo. Sólo un pensamiento pragmático, profundamente ilógico, puede afirmar la existencia de nuestro prójimo con el mismo grado de certeza que la existencia propia, y reconocer a la par que este prójimo nos aparece englobado en el mundo externo —mera creación de nuestro espíritu—, sin rasgo alguno que nos revele su heterogeneidad. Dicho en otra forma: si nada es en sí más que yo mismo, ¿qué modo hay de no decretar la irrealidad absoluta de nuestro prójimo? Mi pensamiento os borra y expulsa de la existencia —de una existencia en sí— en compañía de esos mismos bancos en que asentáis vuestras posaderas. La cuestión es grave, vuelvo a deciros. Meditad sobre ella.

—Siempre se ha dicho —observó el alumno de Mairena— que nosotros afirmamos la existencia de nuestro prójimo, del cual sólo, en efecto, percibimos el cuerpo como parte homogénea del mundo físico, merced a un razonamiento por analogía, que nos lleva a suponer en ese cuerpo semejante al nuestro

32 Por eso mismo.

una conciencia no menos semejante a la nuestra. Y en cuanto al grado de certeza que asignamos a la existencia del yo ajeno y a la del propio, pensamos que es el mismo para las dos, siempre que no demos en plantearnos el problema metafísico. De modo que prácticamente no hay problema.

—Eso se dice en efecto. Pero nosotros estamos aquí para desconfiar de todo lo que se dice. Tal es el verdadero sentido de nuestra sofística. Para nosotros, el problema existe, y existe prácticamente, puesto que nosotros nos lo planteamos. La existencia práctica de un problema metafísico consiste en que alguien se lo plantee. Y éste es el hecho. Nosotros partimos, en efecto, de una concepción metafísica de la cual pensamos que no puede eludir el solipsismo. Y nos preguntamos ahora qué es lo que dentro de ella puede significar el amor al prójimo, a ese otro yo al cual hemos concedido la no existencia como el más importante de sus atributos o, para mejor decir, como su misma esencia, puesto que, evidentemente, la no existencia es lo único esencial que podemos pensar de lo que no existe.

Y vamos ahora adonde usted quería llevarnos, señor Martínez. Una metafísica, es decir, una hipótesis más o menos atrevida de la razón sobre la realidad absoluta, está siempre apoyada por un acto de fe individual. Un acto de fe —decía mi maestro— no consiste en creer sin ver o en creer en lo que no se ve, sino en creer que se ve, cualesquiera que sean los ojos con que se mire, e independientemente de que se vea o de que no se vea. Existe una fe metafísica, que no ha de estar necesariamente tan difundida como una fe religiosa; pero tampoco necesariamente menos.

¡Oh! ¿Por qué? La íntima adhesión a una gran hipótesis racional no admite, de derecho, restricción alguna a su difusión dentro de la especie humana. Tal es uno de los fundamentos de nuestra Escuela de Sabiduría. El hecho es que esta fe metafísica suele estar mucho más difundida de lo que se piensa.

Y yendo a lo que iba, os diré: podemos encontrarnos en un estado social minado por una fe religiosa y otra fe metafísica francamente contradictorias. Por ejemplo frente a nuestra fe cristiana —una “videncia” como otra cualquiera— en un Dios paternal que nos ordena el amor de su prole, de la cual somos parte, sin privilegio alguno, milita la fe metafísica, en el *solus ipse*³³ que pudiéramos formular: “nada es en sí sino yo mismo, y todo lo demás, una representación mía, o una construcción de mi espíritu que se opera por medios subjetivos, o una simple constitución intencional del puro yo, etc., etc.” En suma, tras la frontera de mi yo empieza el reino de la nada. La heterogeneidad de estas dos creencias ni excluye su contradicción ni tiene reducción posible a denominador común. Y es en el terreno de los hechos, a que usted quería llevarnos, donde no admiten conciliación alguna. Porque el *ethos*³⁴ de la creencia metafísica es necesariamente autoerótico, egolátrico. El yo puede amarse a sí mismo con amor absoluto, de radio infinito. Y el amor al prójimo, al otro yo que nada es en sí, al yo representado en el yo absoluto, sólo ha de profesarse de dientes para fuera. A esta conclusión

33 Sólo él o él mismo.

34 Carácter, costumbre, hábito.

*d'enfants terribles*³⁵ —¿y qué otra cosa somos?— de la lógica hemos llegado. Y reparad ahora en que el “ama a tu prójimo como a tí mismo y aún más, si fuere preciso”, que tal es el verdadero precepto cristiano, lleva implícita una fe altruista, una creencia en la realidad absoluta, en la existencia en sí del otro yo. Si todos somos hijos de Dios —hijosdalgo, por ende, y ésta es la razón del orgullo modesto a que he aludido más de una vez— ¿cómo he de atreverme, dentro de esta fe cristiana, a degradar a mi prójimo tan profunda y sustancialmente que le arrebaté el ser en sí para convertirlo en mera representación, en un puro fantasma mío?

—Y en un fantasma de mala sombra —se atrevió a observar el alumno más silencioso de la clase.

—¿Quién habla? —preguntó Mairena.

—Joaquín García, oyente.

—¡Ah! ¿Decía usted...?

—En un fantasma de mala sombra, capaz de pagarme en la misma moneda. Quiero decir que he de pensarlo como un fantasma mío que puede a su vez convertirme en un fantasma suyo.

—Muy bien, señor García —exclamó Mairena—; ha dado usted una definición un tanto gedeónica, pero exacta, del otro yo, dentro del *solus ipse*: un fantasma de mala sombra, realmente inquietante.

(J.M., Vol. I, pp. 180-183)

Si vis pacem para bellum,³⁶ dice un consejo latino algo superfluo, porque el hombre es por naturaleza

35 De niños tremendos, revoltosos.

36 Si quieres la paz prepara la guerra.

peleón y para guerrear está siempre más o menos *paratus*.³⁷ De todos modos, el latín proverbial sólo conduce, como tantos otros latines, a un callejón de difícil salida: en este caso, a la carrera de los armamentos, cuya meta es la guerra.

Más discreto sería inducir a los pueblos a preparar la paz, a aperebirse para ella y, antes que nada, a quererla, usando de sentencias menos paradójicas. Por ejemplo: *si quieres la paz procura que tus enemigos no quieran la guerra*; dicho de otro modo: *procura no tener enemigos*, lo que es igual: *procura tratar a tus vecinos con amor y justicia*. Bien comprendo que esto nos llevaría, en última instancia, a sacar el Cristo a relucir, lo cual, después de Nietzsche, es cosa de mal gusto, propia de sacristanes y de filisteos, en opinión de muchos sabihondos que no han advertido todavía cómo los filisteos y los sacristanes no suelen sacar el Cristo en función amorosa, sino para bendecir los cañones, las bombas incendiarias, y hasta los gases homicidas. Comprendo también que las sentencias más discretas y mejor intencionadas pudieran no llevarnos inevitablemente a la paz. Pero ¿qué sabemos de una sociedad cristiana, con menos latín —el latín es uno de los grandes enemigos del Cristo— y más sentido común que la nuestra?

(J.M., Vol. II, pp. 101-102)

El siglo XIX es esencialmente peleón. Se ha tomado demasiado en serio el *struggle-for-life*³⁸ darwiniano. Es lo que pasa siempre: se señala un hecho; después se

37 Preparado.

38 La lucha por la supervivencia.

le acepta como una fatalidad; al fin se convierte en bandera. Si un día se descubre que el hecho no era completamente cierto, o que era totalmente falso, la bandera, más o menos descolorida, no deja de ondear.

El hombre ha venido al mundo a pelear. Es uno de los dogmas esencialmente paganos de nuestro siglo —decía Juan de Mairena a sus discípulos.

—¿Y si vuelve el Cristo, maestro?

—Ah, entonces se armaría la de Dios es Cristo.

(J.M., Vol. I, p. 18)

Si yo creyera que había venido a este mundo a pelear, que todo en esta vida, esencialmente batallona, nos era concedido a título de botín de guerra, yo no sería pacifista. Porque carezco de convicciones polémicas, y porque sospecho que lo específicamente humano es la aspiración a sustraerse de algún modo al *bellum omniun contra omnes*,³⁹ me inclino a militar entre los partidarios y defensores de la paz. Pero cuál sea mi posición personal ante esta grave cuestión, que acaso divida al mundo en días no lejanos, importa poco. Importa mucho, en cambio, que reparéis en esto: *superabundan* en nuestro mundo occidental las convicciones bélicas, de aquellos para quienes el templo de Jano⁴⁰ nunca debería cerrarse. Para estos hombres, la cultura misma es, fundamentalmente, polémica: arte de agredir y de defenderse. Bajo el dogma goethiano —*en el principio era la acción*— en el clima activista de nuestra vieja Europa —la conti-

39 La guerra de todos contra todos.

40 Templo romano que sólo se cerraba cuando la República estaba en paz.

mental y la británica— y de Norteamérica, el concepto de lucha, como actividad vital ineluctable y, al par, como instrumento de selección y de progreso, medra hasta convertirse en ídolo de las multitudes. Interpretaciones más o menos correctas o fantásticas del *struggle-for-life* darwiniano, que llevan, no obstante, el auténtico impulso polémico de un gran pueblo de presa, han hecho demasiada suerte en el mundo. Y es muy difícil que tantos hombres cargados de razones polémicas, convencidos —¿hasta qué punto?— de que sólo hay buenos motivos para pelear, puedan contribuir de algún modo a evitar una futura conflagración universal. Organizaciones pacifistas, *ligas pro paz*, etc., en un ambiente de belicosos y beligerantes, son pompas de jabón que rompe el viento; porque los mismos hombres que militan en ellas están ganados por el enemigo, son conciencias vencidas que prestan su más hondo asentimiento a la fatalidad de la guerra. Y la verdad es que estas mismas instituciones apenas si tienen de pacifistas más que el nombre: son, cuando más, ligas entre matones que se unen para espiarse, y que apenas si actúan como no sea con ánimo de acelerar la ruina o el exterminio de los débiles. Sin que germine, o se restaure, una forma de conciencia religiosa de sentido amoroso; sin una metafísica de la paz, como la intentada por mi maestro, que nos lleve a una total idea del mundo esencialmente armónica, y en la cual los supremos valores se revelen en la contemplación, y de ningún modo sean un producto de actividades cinéticas, sin una ciencia positiva que no acepte como verdad averiguada la virtud del asesinato para el mejoramiento de la especie humana, ¿creéis que hay motivo alguno que nos obligue a ser pacifis-

tas? Adrede os hago esta pregunta en la forma menos ventajosa para mi tesis. Tan persuadido estoy de la superabundancia de mis razones.

(J.M., Vol. II, pp. 90-91)

Los futuros maestros de la paz, si algún día aparecen (sigue hablando Mairena), no serán, claro está, propugnadores de ligas pacifistas entre entidades polémicas. Ni siquiera nos hablarán de paz, convencidos de que una paz entre matones de oficio es mucho más abominable que la guerra misma. Ni habrán de perseguir la paz como un fin deseable sobre todas las cosas. ¿Qué sentido puede tener esto? Pero serán maestros cuyo consejo, cuyo ejemplo y cuya enseñanza no podrán impulsarnos a pelear, sino por causas justas, si estas causas existen, lo que esos maestros siempre pondrán en duda.

¿Pensáis vosotros que de una *clase* como ésta puede salir nadie dispuesto a pelearse con su vecino, y mucho menos por motivos triviales? Perdonad que me cite y proponga como ejemplo: no encuentro otro más a mano. Reparad en que cuando yo elogio cosas o personas que dejan mucho que desear, como en el caso mío, no elogio ni estas cosas ni a estas personas sino las ideas trascendentes de que ellas son copias borrosas, que pueden aclararse, o imperfectas y, por ende, perfectibles.

Reparad en mi enseñanza. Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a contemplar. ¿El qué?, me diréis. El cielo y sus estrellas, y la mar y el campo, y las ideas mismas, y la conducta de los hombres. A crear la distancia en este continuo abigarrado de que somos parte, esa distancia sin la cual los ojos —cualesquiera

ojos— no habrían de servirnos para nada. He aquí una actividad esencialísima que por venturoso azar es incompatible con la guerra.

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a meditar sobre todas las cosas contempladas, y sobre vuestras mismas meditaciones. La paz se nos sigue dando por añadidura.

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a renunciar a las tres cuartas partes de las cosas que se consideran necesarias. Y no por el gusto de someteros a ejercicios ascéticos o a privaciones que os sean compensadas en paraísos futuros, sino para que aprendáis por vosotros mismos cuánto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario, cuánto más amplio, por ende, el de la libertad humana, y en qué sentido puede afirmarse que la grandeza del hombre ha de medirse por su capacidad de renunciación. Espero que de esta enseñanza mía tampoco habréis de sacar ninguna consecuencia batallona.

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, a trabajar sin hurtar el cuerpo a las faenas más duras, pero libres de la jactancia del trabajador y de la superstición del trabajo. La superstición del trabajo consiste en pensar que el trabajo es por sí mismo valioso, y en tal grado que, si los fines que el trabajo persigue pudieran realizarse sin él, tendríamos motivo de pesadumbre. Contra tamaño error de esclavos os he puesto muchas veces en guardia. Que vuestro culto al trabajo sea el culto a Hércules, a un semidios, no a una plena deidad, porque los dioses propiamente dichos no trabajan. Merced a mi enseñanza, amigos míos, la palabra *huelga*, que tanto viene resonando en nuestro siglo —acaso sea ella la gran palabra de nuestro siglo—, ha de perder

en vuestros labios, si alguna vez la proferís, parte de su carácter polémico para revelar su más honda significación: tregua a las actividades necesarias para los capaces de actividades libres. ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

Yo os enseño, o pretendo enseñaros, oh amigos queridos, el amor a la filosofía de los antiguos griegos, hombres de agilidad mental ya desusada, y el respeto a la sabiduría oriental, mucho más honda que la nuestra y de mucho más largo radio metafísico. Ni la una ni la otra podrán inducirnos a pelear; ambas, en cambio, os harán perder el miedo al pensamiento, mostrándoos hasta qué punto la mera espontaneidad pensante, bien conducida, puede ser fecunda en el hombre.

Yo os enseño, o pretendo enseñaros a que dudéis de todo: de lo humano y de lo divino, sin excluir vuestra propia existencia como objeto de duda, con lo cual iréis más allá que Descartes. Descartes tenía enorme talento; ninguno de nosotros le llegará nunca al zancajo. Pero nosotros podemos pensar mejor que Descartes, porque las pocas centurias que nos separan de él nos han hecho ver claramente que su célebre *cogito ergo sum*,⁴¹ que deduce el existir del pensar, después de haber hecho del pensamiento un instrumento de duda, de posible negación de toda existencia, es lógicamente inaceptable, una verdadera birria lógica, digámoslo con todo respeto.

Claro es que Descartes —en el fondo— no deduce la existencia del pensamiento, el *sum* del *cogito*,⁴² mu-

41 Pienso luego existo.

42 El soy del pienso.

cho menos del *dubito*,⁴³ sino de todo lo contrario: de lo que él llama *representaciones claras y distintas*, es decir, de las cosas que él reputa evidentes —no sabemos por qué—, entre las cuales incluye la sustancia, que sería la existencia misma. Aquí ya no hay contradicción, sino lo que suele llamarse círculo vicioso o viaje para el cual no hacen falta alforjas.

Fue Cartesio —creo haberlo demostrado más de una vez— un gran matemático que padecía el error propio de su oficio: la creencia en la indubitabilidad de la matemática y en la claridad de sus proposiciones, sin reparar en que si el hombre no pudiera dudar de la matemática, es decir, de su propio pensamiento, no hubiera dudado nunca de nada. De tamaño error, el más grave de la filosofía occidental, desde Platón a Kant, está perfectamente limpia mi modesta enseñanza. Yo os enseño una duda sincera, nada metódica, por ende, pues si yo tuviera un método, tendría un camino conducente a la verdad y mi duda sería pura simulación. Yo os enseño una duda integral, que no puede excluirse a sí misma, dejar de convertirse en objeto de duda, con lo cual os señalo la única posible salida del lóbrego callejón del escepticismo. Espero que de esta enseñanza no habréis de salir armados para la camorra.

Yo os enseño —en fin— o pretendo enseñaros, el amor al prójimo y al distante, al semejante y al diferente, y un amor que exceda un poco al que os profesáis a vosotros mismos, que pudiera ser insuficiente.

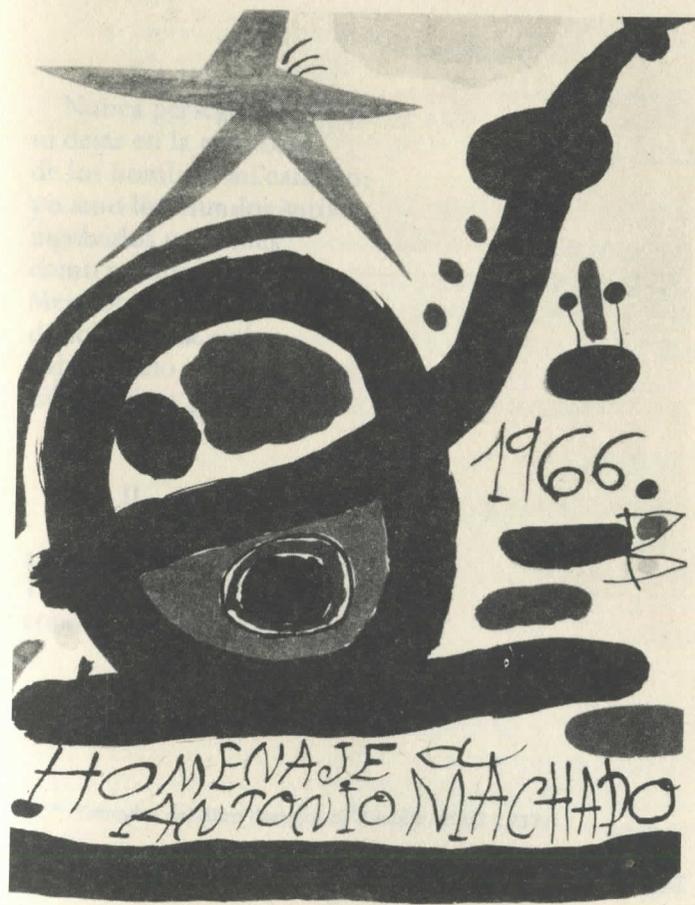
No diréis, amigos míos, que os preparo en modo

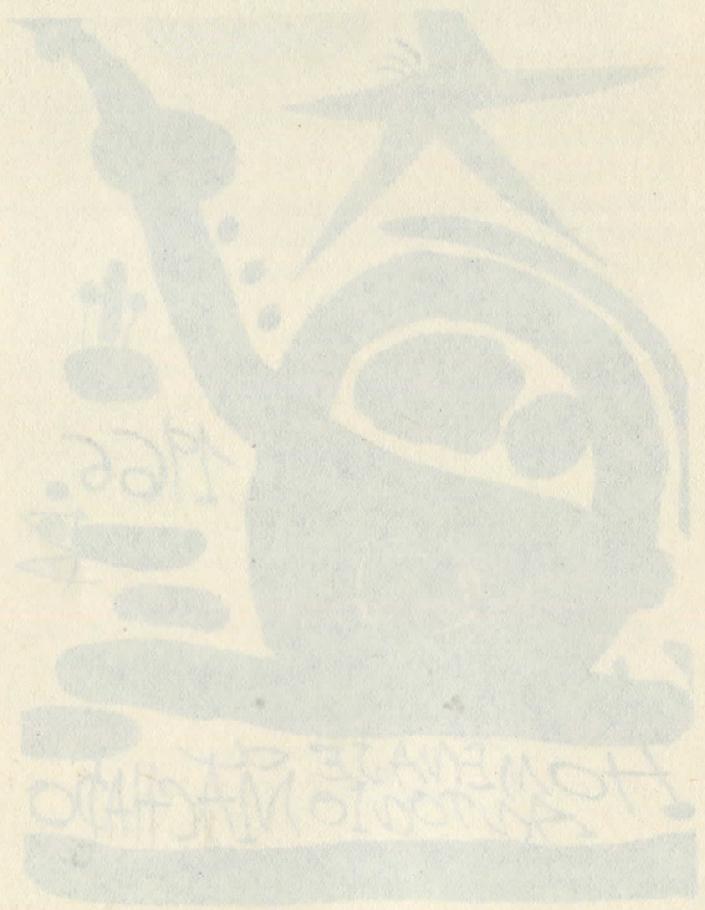
43 Dudo.

alguno para la guerra, ni que a ella os azuzo y animo como anticipado jaleador de vuestras hazañas. Contra el célebre latinajo, yo os enseño: *si quieres paz, prepárate a vivir en paz con todo el mundo*. Mas si la guerra viene, porque no está en vuestra mano evitarla, ¿qué será de nosotros —me diréis— los preparados para la paz? Os contesto: si la guerra viene vosotros tomaréis partido sin vacilar por los mejores, que nunca serán los que la hayan provocado, y al lado de ellos sabréis morir con una elegancia de que nunca serán capaces los hombres de vocación batallona.

(J.M., Vol. II, pp. 97-100)

PROVERBIOS Y CANTARES





PROVERBIOS Y CANTARES*

I

Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.

II

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar?...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.

* Tomados del libro *Campos de Castilla* (1907-1917).

IV

Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.

V

Ni vale nada el fruto
cogido sin sazón...
Ni aunque te elogio un bruto
ha de tener razón.

VI

De lo que llaman los hombres
virtud, justicia y bondad,
una mitad es envidia,
y la otra no es caridad.

VII

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos;
conozco grajos mélicos y líricos marranos...
El más truhán se lleva la mano al corazón,
y el bruto más espeso se carga de razón.

X

La envidia de la virtud
hizo a Caín criminal.
¡Gloria a Caín! Hoy el vicio
es lo que se envidia más.

XII

¡Ojos que a la luz se abrieron
un día para, después,
ciegos tornar a la tierra,
hartos de mirar sin ver!

XIII

Es el mejor de los buenos
quien sabe que en esta vida
todo es cuestión de medida:
un poco más, algo menos...

XV

Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...
Y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica,
un animal absurdo que necesita lógica.
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,
"Ya estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada."

XVII

El hombre sólo es rico en hipocresía.
En sus diez mil disfraces para engañar confía;
y con la doble llave que guarda su mansión
para la ajena hace ganzúa de ladrón.

XVIII

¡Ah, cuando yo era niño
soñaba con los héroes de la Ilíada!
Ajax era más fuerte que Diomedes,
Héctor, más fuerte que Ajax,
y Aquiles el más fuerte; porque era
el más fuerte... ¡Inocencias de la infancia!

¡Ah, cuando yo era niño
soñaba con los héroes de la Ilíada!

XXI

Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba.

XXIII

No extrañéis, dulces amigos,
que esté mi frente arrugada;
yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas.

XXIV

De diez cabezas, nueve
embisten y una piensa.
Nunca extrañéis que un bruto
se descuerne luchando por la idea.

XXV

Las abejas de las flores
sacan miel, y melodía
del amor, los ruiseñores;
Dante y yo —perdón, señores—,
trocamos —perdón, Lucía—,
el amor en Teología.

XXVII

¿Dónde está la utilidad
de nuestras utilidades?
Volvamos a la verdad:
vanidad de vanidades.

XXVIII

Todo hombre tiene dos
batallas que pelear:
en sueños lucha con Dios;
y despierto, con el mar.

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

XXX

El que espera desespera,
dice la voz popular.
¡Qué verdad tan verdadera!
La verdad es lo que es,
y sigue siendo verdad
aunque se piense al revés.

XXXIV

Yo amo a Jesús, que nos dijo:
Cielo y tierra pasarán.
Cuando cielo y tierra pasen
mi palabra quedará.
¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?
Todas tus palabras fueron
una palabra: Velad.

Como no sabéis la hora
en que os han de despertar,
os despertarán dormidas,
si no veláis; despertad.

XLI

Bueno es saber que los vasos
nos sirven para beber:
lo malo es que no sabemos
para qué sirve la sed.

XLVII

Cuatro cosas tiene el hombre
que no sirven en la mar:
ancla, gobernalle y remos,
y miedo de naufragar.

LI

Luz del alma, luz divina,
faro, antorcha, estrella, sol...
Un hombre a tientas camina;
lleva a la espalda un farol.

LII

Discutiendo están dos mozos
si a la fiesta del lugar
irán por la carretera
o a campo traviesa irán.
Discutiendo y disputando
empiezan a pelear.
Ya con las trancas de pino
furiosos golpes se dan;
ya se tiran de las barbas,
que se las quieren pelar.
Ha pasado un carretero,
que va cantando un cantar:
"Romero, para ir a Roma,
lo que importa es caminar
a Roma por todas partes,
por todas partes se va".

LIII

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

PROVERBIOS Y CANTARES*

I

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas,
es ojo porque te ve.

II

Para dialogar,
preguntad, primero:
después... escuchad.

IV

Mas busca en tu espejo al otro,
al otro que va contigo.

VI

Ese tu Narciso
ya no se ve en el espejo
porque es el espejo mismo.

* Tomados del libro *Nuevas Canciones* (1917-1930).

VIII

Hoy es siempre todavía.

X

En el viejo caserío
—¡oh anchas torres con cigüeñas!—
enmudece el son gregario,
y en el campo solitario
suena el agua entre las peñas.

XV

Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo
y suele ser tu contrario.

XXI

... Pero yo he visto beber
hasta en los charcos del suelo.
Caprichos tiene la sed...

XXIV

Despacito y buena letra:
el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.

XXIX

Despertad cantores:
acaben los ecos,
empiecen las voces.

XXXII

Camorrista, boxeador,
zúrratelas con el viento.

XXXIII

Sin embargo...
¡Oh!, sin embargo,
queda un fetiche que aguarda
ofrenda de puñetazos.

XXXV

Ya maduró un nuevo cero
que tendrá su devoción:
un ente de acción tan huero
como un ente de razón.

XXXVI

No es el yo fundamental
eso que busca el poeta
sino el tú esencial.

XXXIX

Busca en tu prójimo espejo;
pero no para afeitarte,
ni para teñirte el pelo.

XL

Los ojos por que suspiras,
sábelo bien.
los ojos en que te miras
son ojos porque te ven.

XLI

—Ya se oyen palabras viejas.
—Pues aguzad las orejas.

XLII

Enseña el Cristo: a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro.

XLIII

Dijo otra verdad:
busca el tú que nunca es tuyo
ni puede serlo jamás.

XLV

¿Todo para los demás?
Mancebo, llena tu jarro,
que ya te lo beberán.

XLIX

¿Dijiste media verdad?
Dirán que mientes dos veces
si dices la otra mitad.

L

Con el tú de mi canción
no te aludo, compañero;
ese tú soy yo.

LI

Demos tiempo al tiempo:
para que el vaso rebose
hay que llenarlo primero.

LIII

Tras el vivir y el soñar,
está lo que más importa:
despertar.

LVII

Algunos desesperados
sólo se curan con sogas;
otros, con siete palabras:
la fe se ha puesto de moda.

LXVI

Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.

LXVII

Abejas, cantores,
no a la miel, sino a las flores.

LXVIII

Todo necio
confunde valor y precio.

LXIX

Lo ha visto pasar en sueños...
Buen cazador de sí mismo,
siempre en acecho.

LXXVI

El tono lo da la lengua,
ni más alto ni más bajo;
sólo acompáñate de ella.

LXXXI

Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo,
madre, despertar.

LXXXII

No el sol, sino la campaña,
cuando te despierta, es
lo mejor de la mañana.

LXXXV

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

XCIV

Doy consejo, a fuer de viejo:
nunca sigas mi consejo.

XCIV

Pero tampoco es razón
desdeñar
consejo que es confesión.

XCVI

¿Ya sientes la savia nueva?
Cuida, arbolillo,
que nadie lo sepa.

XCVIII

Tu profecía, poeta.
—Mañana hablarán los mudos:
el corazón y la piedra.
Hombre occidental,
tu miedo al Oriente, ¿es miedo
a dormir o a despertar?

*

Y en el ancho llano
“me quitarán la ventura
—dice el viejo hidalgo—,
me quitarán la ventura
no el corazón esforzado”.

II

Si me tengo que morir
poco me importa aprender.
Y si no puedo saber,
poco me importa vivir.

PARABOLAS



PARABOLAS

III

Erase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar,
y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor,
y el jardinero se fue
por esos mares de Dios.

LVII

CONSEJOS

I

Este amor que quiere ser
acaso pronto será;
pero ¿cuándo ha de volver
lo que acaba de pasar?
Hoy dista mucho de ayer.
¡Ayer es Nunca jamás!

II

Moneda que está en la mano
quizá se deba guardar;
la monedita del alma
se pierde si no se da.

LXXVIII

¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?

LXXXVIII

Tal vez la mano, en sueños
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas.

LXXXIX

Y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.

De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.

XCII

*Tournez, tournez, chevaux de bois.*⁴⁴

VERLAINE

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

.....

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

¡Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera!

44 Giren, giren caballitos de madera.

A DON FRANCISCO GINER DE LOS RIOS*

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

* Maestro de A. Machado en la Institución Libre de Enseñanza en Madrid y probablemente sea él quien haya inspirado el personaje de Juan de Mairena, a juzgar por otro testimonio de Machado donde recuerda sus clases. "Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido. Cuando aparecía don Francisco, corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase... En su clase de párvulos como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo poníamos los niños o los hombres que congregaba en torno suyo. Su modo de enseñar era el socrático, el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos —de los hombres o de los niños— para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos".

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
Soñaba un nuevo florecer de España.

Baeza, 21 de febrero de 1915

A JULIO CASTRO*

Desde las altas tierras donde nace
un largo río de la triste Iberia,
del ancho promontorio de Occidente
—vasta lira, hacia el mar, de sol y piedra—,
con el milagro de tu verso, he visto
mi infancia marinera,
que yo también, de niño, ser quería
pastor de olas, capitán de estrellas.
Tu vives, yo soñaba:
pero a los dos, hermano, el mar nos tienta.
En cada verso tuyo
hay un golpe de mar, que me despierta
a sueños de otros días,
con regalos de conchas y de perlas.
Estrofa tienes como vela hinchada
de viento y luz, y copla donde suena
la caracola de un tritón, y el agua
que le brota al delfín en la cabeza.
¡Roncas sirenas en la bruma! ¡Faros
de puerto que en la noche parpadean!

* A. Machado dedicó este poema a Julio Castro (Julio Alejandro), al final del texto se incluye un poema de este autor en el que después de muchos años recuerda a su maestro y amigo.

¡Trajín de muelle, y algo más! Tu brillo
dice lo que la mar nunca revela:
a historia de riberas florecidas
que cuenta el río al anegarse en ella.
De buen marino ¡oh Julio!
—no de marino en tierra,
sino a bordo—, bitácora es tu verso
donde sonrío el norte a la tormenta.
Dios a tu copla y a tu barco guarde
seguro el ritmo, firmes las cuadernas,
y que del mar y del olvido triunfen,
poeta y capitán, nave y poema.

XCVII

Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla,
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín⁴⁵ he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

45 Alude a Miguel de Mañara quien fuera caballero español (1626-1679) y cuya vida han identificado con el Don Juan de Tirso de Molina y al Marqués de Bradomín, personaje de una de las obras de Don Ramón del Valle Inclán, que se caracterizaba por ser cínico, galante y de refinada sensualidad.

Desdén las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla sólo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo,
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he
escrito.

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

POESIAS DE LA GUERRA

El crimen fue en Granada*

I

EL CRIMEN

Se le vió, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡Ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—.
...Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada...

* Poema escrito en 1936 como homenaje a Federico García Lorca, quien había sido asesinado poco tiempo antes en la ciudad de Granada por los enemigos de la República.

II

EL POETA Y LA MUERTE

Se le vio caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.

—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque —yunque y yunque de las fraguas.

Hablaba Federico,

requebrando a la muerte. Ella escuchaba.

“Porque ayer en mi verso, compañera,

sonaba el golpe de tus secas palmas,

y diste el hielo a mi cantar, y el filo

a mi tragedia de tu hoz de plata,

te cantaré la carne que no tienes,

los ojos que te faltan,

tus cabellos que el viento sacudía,

los rojos labios donde te besaban...

Hoy como ayer, gitana, muerte mía,

qué bien contigo a solas,

por estos aires de Granada, ¡mi Granada!

III

Se le vio caminar...

Labrad, amigos,

de piedra y sueño, en el Alhambra,

un túmulo al poeta,

sobre una fuente donde lllore el agua,

y eternamente diga:

el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!

MEDITACION DEL DIA

Frente a la palma de fuego
que deja el sol que se va,
en la tarde silenciosa
y en este jardín de paz,
mientras Valencia florida
se bebe el Guadalaviar
—¡Valencia de finas torres,
en el lírico cielo de Ausías March,

trocando su río en rosas
antes que llegue a la mar!—
pienso en la guerra. La guerra
viene como un huracán
por los páramos del alto Duero,
por las llanuras de pan llevar,
desde la fértil Extremadura
a estos jardines de limonar,
desde los grises cielos astures
a las marismas de luz y sol.
Pienso en España, vendida toda
de río a río, de monte a monte, de mar a mar.

Toda vendida a la codicia extranjera: el suelo y el
cielo y el subsuelo. Vendida toda por lo que pudiéramos
llamar —perdonadme lo paradójico de la expre-

sión— la trágica frivolidad de nuestros reaccionarios. Y es que en verdad, el precio de las grandes traiciones suele ser insignificante en proporción a cuanto se arriesga para realizarlas, y a los terribles males que se siguen de ella, y sus motivos no son menos insignificantes y mezquinos, aunque siempre turbios e inconfesables. Si os preguntáis: ¿aparte de los treinta dineros, por qué vendió Judas al Cristo?, os veríais en grave aprieto para responderos.

Yo he leído los Cuatro Evangelios Canónicos para hallar una respuesta categórica a esta pregunta. No la he encontrado. Pero la hipótesis más plausible sería ésta: entre los doce apóstoles que acompañaban a Jesús, era Judas el único mentecato. En el análisis psicológico de las grandes traiciones encontraréis siempre la trágica mentecatez del Iscariote. Si preguntáis ahora ¿por qué esos militares rebeldes volvieron contra el pueblo las mismas armas que el pueblo había puesto en sus manos para la defensa de la nación? ¿Por qué, no contentos con esto, abrieron las fronteras y los puertos de España a los anhelos imperialistas de las potencias extranjeras? Yo os contestaría: en primer lugar, por los treinta dineros de Judas, quiero decir por las míseras ventajas que obtendrían ellos, los pobres traidores a España, en el caso de una plena victoria de las armas de Italia y Alemania en nuestro suelo. En segundo lugar, por la generosa frivolidad, no menos judaica, que no mide nunca las consecuencias de sus actos. Ellos se rebelaron contra el gobierno de los hombres honrados, atentos a las aspiraciones más justas del pueblo, cuya voluntad legítimamente representaban. ¿Cuál era el gran delito de este gobierno lleno de respeto, de

medida y de tolerancia? Gobernar en un sentido de porvenir, que es el sentido esencial de la historia. Para derribar a este Gobierno, que ni había atropellado ningún derecho ni olvidado ninguno de los deberes, decidieron vender a España entera a la reacción europea. Por fortuna, la venta se ha realizado en falso, como siempre que el vendedor no dispone de la mercadería que ofrece. Porque a España, hoy como ayer, la defiende el pueblo, es el pueblo mismo algo muy difícil de enajenar. Porque por encima y por debajo y a través de la truhanería inagotable de la política internacional burguesa, vigila la conciencia universal de los trabajadores.

AGRADECIMIENTO A ANTONIO MACHADO*

Muchas noches
de pensamiento alborotado,
entre los altos muros
de mis prisiones cristalinas,
tu mano me guiaba
hacia las cumbres
a salvo de carceleros furibundos.

Dueño del pensamiento que me diste,
señor de la templanza bondadosa,
aprendí a soportar adversidades
con el sereno ánimo
del intocable por alzado en alma.

¡Qué lecciones de amor,
siempre inventado y nuevo
cada minuto solar de cada día!
Amor al árbol hendido por el rayo
amor al núbil despertar de auroras
al que gime en mazmorras de injusticia
y hasta al que canta canción equivocada.

* Poema inédito de Julio Alejandro, escritor español quien fuera discípulo y amigo de Machado. Para la mejor semblanza biográfica de Machado ver también el ensayo de este mismo autor que se incluye en la bibliografía.

Me diste, señor, el pan de la mejor cochura
el que a veces desdeñan los alzados
y guarda, bajo la oscura costra,
la pureza mejor,
la más esclarecida.

Por tí intenté el camino de las nieves
y hallé el milagro de praderas que sueñan.
No siempre, no, sólo destellos
en noches sufridoras
pero por años ha sido suficiente
para hallarle a la tierra
semillas de mañana
la yema que ya se despereza
entre la savia clara
de una rama que es hoja todavía.

Gracias por ese peso de hombre,
de hombre verdadero,
no de sombra furtiva entre otras sombras
delectable fardo por el que sufro ausencia
por el que encuentro amores y prodigios.

Pero también me diste ¡noble regalo!
desnuda de hojarasca
la ira estremecida y santa
la que grita a los montes
sin miedo a los castigos
la que acuna y cobija los dolores ajenos
la que aupa la sangre
a convertirse en cuerda
para amarrar villano y villanía.

Gracias te doy por tantos dones
tantos y tan granados, que, sin embargo,
pueden encerrarse, misteriosamente
en un solo verso de tu mano.

Julio Alejandro

CRONOLOGIA*

- 1875 Nace en Sevilla el 26 de julio.
- 1880 Va a la escuela de Antonio Sánchez, en Sevilla.
- 1883 Traslado a Madrid. Va, con Manuel, a la Institución libre de enseñanza.
- 1889 Estudios de Bachillerato en el Instituto de San Isidro y al año siguiente en el de Cardenal Cisneros.
- 1893 Muerte del padre.
Primeras colaboraciones en *La Caricatura*.
- 1895 Muerte del abuelo, Antonio Machado Núñez.
Conoce a Valle Inclán.
- 1899 Primer viaje a París.
Allí conoce a Pío Baroja y a Gómez Carrillo.
- 1900 Trabaja como actor de teatro.

* Fechas de situaciones relevantes en la vida de A. Machado (tomadas del libro de Manuel Tuñón de Lara, pp. 375-396).

- Obtiene el grado de Bachiller en el Instituto de Cardenal Cisneros.
- 1901 Colabora en *Electra* donde sus poesías son impresas por primera vez.
- 1902 Segundo viaje a París, donde conoce a Rubén Darío. Al regresar a Madrid conoce a Juan Ramón Jiménez.
Sale *Soledades* en las últimas semanas del año, aunque con fecha de 1903.
- 1903 Colabora en *Helios*.
- 1904 Sigue la colaboración en *Helios*. También colabora en *Alma española*, *El País* y *Blanco y Negro*.
- 1905 Colaboraciones en *Blanco y Negro* y en *La República de las letras*.
- 1906 Colaboración poética en la revista *Ateneo*.
- 1907 Gana las oposiciones a cátedras de Francés y es destinado al Instituto de Soria. Breve viaje en mayo para tomar posesión. Se instala en Soria al comenzar el curso.
Sale su libro *Soledades, Galerías y otros poemas*.
- 1908 Vive y trabaja en Soria.
Amor con Leonor.
Colabora en *La lectura* y en *Tierra soriana*.

- 1909 Boda con Leonor, el 30 de julio. Viaje de novios a Fuenterrabía.
Colaboraciones poéticas en *La lectura*. (Primeros *Proverbios y Cantares*).
- 1910 Vive con Leonor en Soria.
Excursiones a las fuentes del Duero.
Colaboración poética en *La lectura* y en *Tierra soriana* (poemas que formarán parte de *Campos de Castilla*).
Conferencia en la Sociedad Obrera de Soria.
- 1911 En París, con Leonor. Sigue los cursos de Bergson y Bédier. Enfermedad de Leonor (14 de julio). Regreso a España en septiembre.
Colabora en *Tierra soriana*.
Escribe *La tierra de Alvargonzález*.
- 1912 Muere Leonor (1 de agosto).
Traslado a Baeza.
Sale *Campos de Castilla*.
Versión en prosa de *La tierra de Alvargonzález* en *El porvenir castellano (A un olmo seco)*.
- 1913 Catedrático en Baeza.
Lee y estudia filosofía. Colabora en *La lectura* y en *El porvenir castellano*.
Se adhiere al homenaje a Azorín.
- 1914 Sigue en Baeza.
Colaboración poética en *Nuevo Mundo*.
Prólogo a *Helénicas* de Manuel H. Ayuso.

- 1915 Colaboración constante en la revista *España*. Poema y artículo a la muerte de Giner. Excursión a las fuentes de Guadalquivir. Comienza los estudios de licenciatura de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Sigue colaborando en *La lectura*. Firma el manifiesto de intelectuales en favor de los aliados.
- 1916 Obtiene la licenciatura de Filosofía y Letras. Viaje a puerto de Santa María. Sigue colaborando en *España* y en *La lectura*.
- 1917 Primeras ediciones de *Poesías completas* y de *Páginas escogidas*. Colabora en *Lucidarium* de Granada. Nuevo viaje por Andalucía la baja.
- 1918 Escribe pero no publica.
- 1919 Traslado a Segovia, donde empieza a profesar en el curso 1919-1920. Desde entonces, viajes semanales a Madrid. *Soledades, Galerías y otros poemas* (segunda edición).
- 1920 Colabora en *Los lunes del Imparcial*, *La Pluma*, *El Sol* y *La lectura*. Ayuda a crear la Universidad Popular de Segovia.
- 1921 Colabora en la revista *Indice* creada por J. R. Jiménez.

- 1922 Colabora en *España* (Canciones del alto Duero), *Indice* y *La voz de Soria* (en prosa). Participa en la creación de la Liga Provincial de Derechos del Hombre y —con Unamuno— en la campaña pro responsabilidades.
- 1923 Colabora en *Revista de Occidente* desde el primer número, con *Proverbios y Cantares*. Otras colaboraciones en *La pluma* y *España*.
- 1924 *Nuevas Canciones*. Colabora en *Alfar*. Estrena la adaptación (hecha con Manuel) de *El condenado por desconfiado*. También traducen el *Hernai* de Víctor Hugo, preparan adaptaciones de Lope de Vega y su obra teatral original. Forma parte del jurado que otorga a Alberti el Premio Nacional de Literatura.
- 1925 Segunda edición de *Páginas escogidas*. Publica *Reflexiones sobre la lírica* en *Revista de Occidente*. Colabora en *Alfar*. Es elegido miembro correspondiente de la Hispanic Society of America. Sigue escribiendo para el teatro en colaboración con Manuel.
- 1926 Estrena *Las desdichas de la fortuna o Juliancillo Valcárcel*. Aparece en *Revista de Occidente* "El cancionero apócrifo de Abel Martín".

- Firma el llamamiento de la Alianza Republicana.
Homenaje de la Institución Libre de Enseñanza a Antonio y Manuel.
- 1927 Estrena *Juan de Mañara*. Es nombrado académico.
- 1928 Es, probablemente, el momento en que conoce a Guiomar.
Segunda edición de *Poesías completas*.
Estreno de *Las Adelfas*.
Colabora en la revista *Manantial* de Segovia, y ayuda a los jóvenes que la hacen.
Colabora en *La Gaceta literaria*.
- 1929 Estreno de *La Lola se va a los puertos*.
Colabora en *Revista de Occidente*. Responde a la encuesta de *La Gaceta literaria*.
- 1930 Colabora principalmente en *El Imparcial*.
- 1931 Adhesión a la Agrupación al servicio de la República.
Participa en los acontecimientos de marzo y abril.
Estrena *La prima Fernanda*.
Es nombrado, en unión de Manuel, hijo adoptivo de Sevilla.
Continúa publicando *Abel Martín* en *Revista de Occidente*.
Escribe el proyecto de discurso de entrada en la Academia.

- 1932 Traslado a Madrid. Catedrático en el Instituto Calderón de la Barca.
Estrena *La duquesa de Benamefi*.
Es nombrado hijo adoptivo de Soria y con ese motivo escribe en *El porvenir castellano*.
Participa en el banquete-homenaje a Valle Inclán.
- 1933 Tercera edición de *Poesías completas*.
Publica las *Últimas lamentaciones de Abel Martín*.
Miembro del Patronato de Misiones Pedagógicas.
Versión escénica por 'La Barraca' de *La tierra de Alvargonzález*.
- 1934 Comienza a publicar *Juan de Mairena* en las columnas del *Diario de Madrid*.
- 1935 Continúa publicando *Juan de Mairena* en *Diario de Madrid*; luego en *El Sol*.
Catedrático en el Instituto Lope de Vega de Madrid.
Se adhiere al Comité Mundial de Escritores por la Defensa de la Cultura.
- 1936 Cuarta edición de *Poesías completas* y primera de *Juan de Mairena*.
Colabora en *El Sol* y en diversas publicaciones.
En noviembre se traslada a Burjasot (Valencia).
Escribe la elegía a Lorca, *El crimen fue en Granada*.

- 1937 Aparece su último libro publicado en vida, *La guerra*.
Sigue escribiendo para *Hora de España* lo que será el segundo tomo de *Juan de Mairena*.
Participa en el Congreso Internacional de Escritores.
Colabora en *Madrid, Cuadernos de la Casa de la Cultura*, cuyo patronato preside.
Colabora en *Servicio español de información*.
- 1938 Se traslada en marzo a Barcelona.
Continúa escribiendo en verso y prosa para *La Hora de España*.
Colabora habitualmente en *La Vanguardia* de Barcelona. Otras colaboraciones en *Servicio español de información* y publicaciones diversas.
Escribe el prólogo a *La corte de los milagros* de Valle Inclán.
- 1939 Exodo.
Muere en Collioure (Francia) el miércoles de ceniza, 22 de febrero.
Dos días después muere su madre, doña Ana Ruiz.

BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL DE
ANTONIO MACHADO
Y ESTUDIOS SOBRE SU OBRA*

- Machado, Antonio. *Juan de Mairena*, Vols. I, II, Losada, Buenos Aires, 19568.
- Machado, Antonio. *Abel Martín*, Losada, Buenos Aires, 1968.
- Machado, Antonio. *Los Complementarios*, Losada, Buenos Aires, 1968.
- Machado, Antonio. *Poesías*, Losada, Buenos Aires, 1972.
- Machado, Antonio. *Obras, Poesías y Prosa*, Losada, Buenos Aires, 1973.
- Machado, Antonio. *Poesías Completas*, Editores Mexicanos Unidos, S. A., México, 1983.
- Alejandro, Julio. "Antonio Machado" en *La Palabra y el Hombre*, Revista de la Universidad Veracruzana, No. 6, Abr.-Jun., 1973.

* Existe una bibliografía internacional muy amplia sobre el tema; aquí anotamos solamente los textos que consideramos de más fácil acceso por haberse difundido con cierta amplitud (o publicado) en nuestro país.

Albornoz, Aurora de. *Cultura y Sociedad*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1973.

Cano, José Luis. *Antonio Machado. Biografía Ilustrada*, Ed. Destino, Barcelona, 1975.

Enciso, María. *La voz eterna de Antonio Machado*, SEP, México, 1947.

González, Angel. *Aproximaciones a Antonio Machado*, UNAM, México, 1982.

Tuñón de Lara, Manuel. *Antonio Machado poeta del pueblo*, Ed. Laia, Barcelona, 1975.

Vaiverde, José María. *Antonio Machado*, Siglo XXI, México, 1975.

LISTA DE ILUSTRACIONES

	<i>Página</i>
Retrato de Antonio Machado en 1936	9
Casa y habitación del poeta en Segovia (1919-1931)	17
Retrato imaginario de Juan de Mairena, realizado por José Machado, hermano del poeta	21
Pablo Picasso. <i>Paloma y Claude dibujando</i> (hijos del pintor) 1952-1954.	33
Herman Paul. <i>Grabado</i> . 1929	47
Pablo Picasso. <i>Cartel en homenaje al poeta</i> . 1955	61
Pablo Picasso. <i>Litografía</i> . 1949	89
Salvador Dalí. <i>Tinta</i> . 1935	89
Joan Miró. <i>Cartel</i> . 1966.	105
Pablo Picasso. <i>Palomas</i> . 1957	123
	155

Este trabajo fue publicado originalmente por la
Universidad Pedagógica Nacional
en una versión un poco más amplia.

Se terminó de imprimir en el
mes de mayo de 1985, en los
talleres de Litográfica Cultural,
Isabel La Católica 922,
C.P. 03410, México, D.F.
100,000 ejemplares.

100,000 copies
C.P. 61418 Mexico, D.F.
Labor La Cumbre 251
Toluca de Lerdo, Jalisco, Mexico
1952